

XZ
17





619
59-1
LAS

ALMAS DEL PURGATORIO,

NOVELA

DE PRÓSPERO MERIMÉE.

TRADUCIDA POR D. X. Z.

A

guño.
DE A. RUBIO.

FAM



LAS ALMAS DEL PURGATORIO.

Háblanos Ciceron, creo que en su tratado *De la Naturaleza de los Dioses*, de las muchas divinidades que con el nombre de Júpiter habian existido, ora en Creta, ora en Olimpia, y ora no me acuerdo dónde; tanto, que no se tropezaba en Grecia con una ciudad algo célebre que dejase de tener Júpiter. De todos hizose uno solo, aplicando á éste las aventuras de cada uno de sus homónimos; con lo que se explica la cantidad prodigiosa de buenas fortunas que al hijo de Saturno se atribuyeron.

Igual confusion se ha esparcido acerca de don Juan, personaje cuya celebridad anda á

los alcances de la de Júpiter. Sevilla solo cuenta varios Juanes, y muchas otras ciudades citan el suyo. Antaño cada uno tenia su leyenda separada; ogaño hánse fundido en un cronicon, único en su especie.

Sin embargo, à poco de parar la atencion, es fácil distinguir por lo ménos dos de estos héroes: don Juan Tenorio, que, como es público, fué arrebatado por una estatua de piedra, y don Juan de Marana, que concluyó de muy distinto modo.

El desenlace es lo que diferencia entrambas vidas; como acontece con las piezas dramáticas de Dueis, cuyo término es próspero ó desgraciado, segun la sensibilidad de los espectadores, así se adoptan aquellas a los diferentes gustos de cada lector.

En cuanto a la veracidad de estas dos historias, es incontestable, y ofenderia de sumo el patriotismo provincial de los sevillanos quien dudase de la existencia de unos pícaros que han contribuido a despertar sospechas sobre la genealogia de las familias mas nobles. Enseñase á los extranjeros la casa de don Juan Tenorio; y como cualquiera hombre amigo de las artes que haya pasado por Sevilla debe haber visitado la iglesia de la Caridad, habrá precisamente reparado en el sepulcro del caballero de Marana, con la siguiente inscripcion dictada por su humildad ò por su soberbia: *Aquí yace el peor hombre que hubo en el*

mundo. ¿Cómo atreverse a dudar despues de tales pruebas?

He procurado no despojar a ambos Juanes de lo que les pertenece en su comun fondo de infamias y crímenes; a falta de un método, mejor, me he propuesto no referir de don Juan de Marana, mi heroe, sino aquellas aventuras que por derecho de prescripcion no entran en el patrimonio de su antagonista en maldades, sobre quien la obra maestra de Morzort ha esparcido tan inmensa celebridad.

El conde don Cárlos de Marana era uno de los señores mas ricos y considerados de Sevilla. De ilustre nacimiento, habia demostrado en la guerra contra los moriscos que aún resplandecia en él el valor de sus antecesores: como que volvió á Sevilla con una cuchillada en la frente y gran número de niños cogidos á los infieles, que hizo bautizar y vendió a familias cristianas. Sus heridas no le impidieron, puesto que no le desfiguraban, agradar á una señorita de las principales, que le prefirió entre multitud de pretendientes; y de aquel matrimonio nacieron al principio muchas hembras, casándose algunas en lo sucesivo, y profesando las demas en los conventos. Desesperábase don Cárlos por no tener un heredero de su nombre; pero al fin vió coronados sus deseos, con lo que esperó que su antiguo mayorazgo no pasara á la línea colateral.

Don Juan, este hijo tan anhelado y el heroe de la presente historia, fuè criado por sus padres tan pésimamente como debia suceder al heredero de un gran nombre y de una gran fortuna. Desde niño disponia libremente de sus acciones, sin que nadie en el palacio paterno se atreviese a contradecirle.

Su madre queria que fuese, como ella, devoto, y su padre aspiraba a que le igualase a el en bravura; la primera le obligaba, por medio de halagos y golosinas, a aprender letanias, rosarios y otras oraciones, arrullándole y durmiéndole con la lectura del *Flos sanctorum*; el segundo le enseñaba los romances del Cid y de Bernardo del Carpio, y le contaba la rebelion de los moriscos, animándole a ejercitarse todo el dia sin disparar el dardo, la ballesta ó el arcabuz contra un maniquí vestido de moro que habia hecho colocar en el extremo del jardin.

Existia en el oratorio de la condesa un cuadro de la escuela de Morales, que figuraba los tormentos del purgatorio, con todos los géneros de siplicios imaginables, exactamente representados, sin que ni el mismo tribunal de la Inquisicion pudiese encontrar la omision más ligera. Las almas ocupaban una especie de caverna, con su cercera en lo alto, a cuyo borde tendia un àngel la mano a un alma que salia de la mansion de los dolores, miéntras que a su lado, un hombre en-

trado en años y con su rosario, parecia estar sumido en ferviente oracion.

Este anciano era el donatario de la pintura, quien los habia encargado para una iglesia de Huelva. Incendiaron los moriscos rebeldes esta ciudad, y aunque la iglesia fué destruína, se conservó milagrosamente el cuadro, trayéndolo el conde de Marana para adornar el oratorio de su mujer.

Nuestro chiquitin, generalmente al entrar en el cuarto de su madre, permanecia largo espacio inmóvil contemplando la pintura, que a la vez le infundía espanto y le cautivaba; llamaba sobre todo su atencion un condenado, cuyas entrañas roía una serpiente, mientras él infeliz pendia, sujeto por anzuelos de hierro que le agujereaban las costillas, encima de un brasero hecho ascuas. Mirando ansiosamente hácia la cercera, como que pedía al donatario oraciones que le libertasen de tantos padecimientos.

La condesa decia a su hijo que aquel suplicio lo debia el réprobo a su ignorancia de la doctrina, a haberse burlado de un sacerdote, ó a sus distracciones en la iglesia.

El alma que subia al paraiso era de un pariente de la familia de Marana, a quien no faltaban sus pecadillos; pero tales habian sido las plegarias del conde y sus donativos al clero, que logró por último rescatar al atormentado espíritu, sin darle tiempo para que

se fastidiase en el purgatorio.

—Esos, Juanito, añadió la condesa, serian mis padedimientos durante millones de años si no te acordases de mandar decir misas para sacarme de semejante sitio. ¡Oh! harias muy mal en dejar padecer así a la que te llevó en su seno.

Con esto desatàbase a llorar el niño, y si tenia algunos reales en el bolsillo, corría a dárselos al primer traile que le pedia para las almas del purgatorio.

En el gabinete de su padre encontraba corazas abolladas por balas de arcabuz, un casco que el conde habia llevado en el asalto de Almería y que conservaba la impresion del hacha musulmana, lanzas, sables moriscos, estandartes cogidos a los infieles, etc.

—Esta cimitarra, decia el conde, se la arranqué al cadí de Vejer, que me hirió tres veces con ella ántes de quitarle la vida. Este estandarte lo llevaban los rebeldes de la montaña de Elvira. Acababan de saquear una aldea cristiana, cuando acudí con una veintena de ginetes. Cuatro veces traté de penetrar en su escuadron para cogerles la bandera, y otras tantas fui rechazado. A la quinta me santigüé exclamando: ¡Santiago! y entonces conseguí atravesar por medio de esos paganos. ¿No ves este cáliz de oro de mis armas? Hábalo robado un alfaquí, cometiendo al propio tiempo mil horrores. Sus

caballos comieron cebada en el altar, y sus soldados esparcieron al viento los huesos de los santos. Servíase el alfaqui de este cáliz para beber los helados, y habiéndole sorprendido en su tienda al ir a aplicarlo a los labios, herí su rasurada cabeza con esta excelente espada; y ántes de que pudiese decir ¡*Allá!* y miéntras el brebaje refrescaba aún su garganta, introdújele la hoja hasta los dientes. En premio hame permitido el rey grabar el vaso sagrado en mi escudo. Dígote esto, Juanito, para que lo cuentes a tus hijos y sepan por qué tus armas son distintas en algo de las de tu abuelo don Diego, pintadas allí bajo su retrato.

Compartiendo su tiempo entre la guerra y la devocion, entreteníase el niño en fabricar crucecitas de palo ó en esgrimir un sable de madera contra las calabazas de Rota, que se le parecian a cabezas morunas adornadas de sus turbantes.

A los diez y ocho años traducía don Juan malísimamente el latin, ayudaba bien a misa, y manejaba la espada ò el espadin mejor de lo que el Cid pudiera hacerlo; pero su padre, creyendo que esto no era suficiente a un noble de la familia de Marana, resolvió enviarle a Salamanca.

Aprontóse el viaje; proveyóle su madre de rosarios, escapularios y medallas benditas; enseñóle varias oraciones útiles en los apu-

ros, y don Carlos le entregó una espada, cuya empuñadura de atraujía de plata decoraban las armas de sus antepasados, diciéndole:

—Hasta aquí sólo has vivido con niños; de hoy más vas a vivir con hombres. Acuérdate de que el más precioso bien de un noble es el honor, y de que tu honor es el de los Maranas. ¡Primero muerto que deshonorado! Toma esta espada, que ella te defenderá si te atacaren. No la desenvaines sin que te provoquen; pero ten presente que tus abuelos no envainaron nunca las espadas sin quedar vencedores y vengados.

Con tal pertrecho de armas espirituales y temporales, montó a caballo el descendiente de los Maranas, y se despidió de la habitación paterna.

Halábase a la sazón la universidad de Salamanca en el apogeo de su gloria. Innumerables eran sus estudiantes y doctos sus profesores como nunca, y como nunca se lamentaban los vecinos de las insolencias de la indisciplinada juventud que residia ó más bien reinaba en la ciudad. Serenatas, cenceradas, toda especie de alborotos nocturnos constituían de ordinario su vida, interrumpiendo de tiempo en tiempo esta monotonía los raptos de mujeres casadas o solteras, los robos y las palizas.

Llegado que hubo a Salamanca, ocupóse

don Juan en entregar las cartas de recomendación para los amigos de su padre, en visitar a sus maestros, en recorrer las iglesias y en hacer que le enseñasen las reliquias. Conforme al gusto del autor de sus días, puso en manos de uno de los profesores una considerable suma para que la distribuyese entre los estudiantes pobres; liberalidad que dió golpe, proporcionándole muchos amigos.

Don Juan tenía gran deseo de aprender. Proponiase escuchar como el Evangelio todo lo que saliese de la boca de sus maestros, y para conseguirlo mejor quiso colocarse junto a la cátedra. Al entrar en la sala de lecciones notó que había un puesto vacío tan cerca del profesor como podía apetecer, y se sentó en él. Un estudiante sucio, mal peinado, cubierto de harapos, como hay tantos en las universidades, apartó un momento los ojos de su libro fijándolos atónito en don Juan.

—¿Os atreveis, dijo, a ocupar ese sitio, sabiendo que es el asiento ordinario de don García?

Don Juan contestó que siempre había oído decir que los puestos eran del primer ocupante, y que hallándose aquel libre creía estar en su derecho al sentarse en él, sobre todo si el señor don García no había encargado a su vecino que se lo guardase.

—Por lo que veo sois forastero y recién llegado, repuso el estudiante y no conocéis a

don García. Sabed que es uno de los hombres más... Aquí el estudiante bajó la voz como si temiese le oyera alguno de los presentes, don García es hombre terrible. ¡Ay del que la ofende! porque su paciencia tiene de breve lo que de larga su espada. Si uno se sienta donde él lo ha hecho por dos ocasiones, seguro puede estar de que habrá querrela; tan susceptible es y pendenciero. Y cuenta que cuando riñe hiere, y cuando hiere mata. He cumplido con advertiros; obrad ahora como os plazca.

Chocábale a nuestro heroe la pretension de don García, especialmente atendida su ninguna puntualidad; y reparando que muchos estudiantes le miraban con atencion, conoció cuán bochornoso seria para él abandonar el puesto después de sentado. Además, importábale poco tropezar con un duelo a su llegada tratándose de un hombre tan peligroso como el tal don García. Dubaba aún, no sabiendo qué partido tomar, y maquinalmente continuaba inmóvil en el propio banco, cuando entró un estudiante que se fué a él en derechura.

—Hé ahí a don García, le dijo su vecino.

Este perdonavidas representaba el porte de un jóven ancho de espaldas, bien tallado, de tez tostada, de ojos arrogantes y desdeñosa boca. Vestía una ropilla raída, con trazas de haber sido negra, y un manteo agujereado.

do; por encima de este ajuar colgaba una larga cadena de oro. Sábese que en todos tiempos los estudiantes, así de Salamanca como de las otras universidades de España, se hanpreciado de andar a guisa de pordioseros, sin duda con el objeto de mostrar que el verdadero mèrito no necesita de los adornos debidos á la fortuna.

Aproximóse don García al asiento que ocupaba don Juan, y le dijo con singular cortesía:

—Señor estudiante, sois recien llegado, y con todo me es bien conocido vuestro nombre. Nuestros padres han sido grandes camaradas, y si gustais no les irán en zaga sus hijos.

Miéntras así se expresaba tendia la mano a don Juan lo más cordialmente del mundo. Este, que aguardaba un exordio muy distinto, se apresuró a corresponder a la política de don García, contestándole que tendria a mucho honor la amistad de tan cumplido caballero.

—Salamanca os es aún desconocida, prosiguió el estudiante; pero si aceptais mis servicios, con sumo placer os haré ver todo, desde el cedro al kisopo, en el país donde vais a vivir.

Dirigiendo entónces sus palabras al individuo sentado junto a don Juan, le dijo:

—Vamos, Perico, fuera de ahí. ¿Un alca-

ravan de tu calaña se cree digno de acompañar al señor don Juan de Marana?

Hablando en estos términos, empujóle con asperaza y sentóse en su puesto.

Concluida la leccion, dió dou García a su nuevo amigo las señas de su casa, exigiéndole una visita. En seguida, con un saludo familiar y gracioso, salió, arrebozándose galantemente en su manteo, cuyos agujeros dejaban atras los de una espumadera.

Don Juan, con sus libros bajo el brazo, estaba parado en una galeria del colegio examinando las antiguas inscripciones de sus paredes, cuando notó que el estudiante que le habia hablado primero se le acercaba aparentando ocuparse en lo mismo. Hizo e nuestro sevilla la correspondiente demostracion en prueba de que le conocia, y se dispuso para salir; pero el estudiante le cogió del manteo.

— Señor don Juan, le dijo, ¿tendriais la bondad de oirme una palabra, si no estais de prisa?

— Con mil amores, respondió el de Marana apoyándose en una columna; os escucho.

Miró Perico en derredor con aire inquieto cual si temiese ser sorprendido. y no obstante hallarse solos los dos en la vasta galeria, aproximóse lo más posible al oido de don Juan, y después de un instante de silencio, con voz baja y casi trémula, le preguntó si

estaba seguro de que su padre había conocido al de don García Navarro. Don Juan hizo un movimiento de sorpresa.

—Hace un momento que vos mismo se lo oísteis decir a don García, contestó.

—Cierto, replicó el estudiante bajando más la voz; pero en fin, ¿habeis oido alguna vez hablar a vuestro padre del señor Navarro?

—Ya se ve; como que guerrearon juntos contra los moriscos.

—Perfectamente; pero ¿ha llegado a vuestra noticia que ese caballero tuviese... un hijo?

—A la verdad que nunca atendí mucho à lo que mi padre pudiese contar de él... Pero ¿á qué vienen esas preguntas? ¿No es don García hijo de ese señor? ¿Será acaso bastardo?

—Pongo al cielo por testigo de que mis labios no han pronunciado tal cosa, exclamó el estudiante aterrado y examinando la parte trasera de la columna que servia a don Juan de punto de apoyo; queria sólo preguntaros si sabíais la extraña historia que se susurra entre varias gentes acerca de este don García.

—Ni una palabra sé.

—Se corre... advertid que repito meramente lo que otros dicen... Se corre que don Diego Navarro tenia un hijo que enfer-

mó gravemente y de un mal desconocido, a la edad de seis ó siete años, no hallando los médicos remedio que apicarle. Con esto el padre, que carecia de más descendencia, envió ofrendas numerosas a diferentes capillas, hizo tocar reliquias al enfermo; pero todo inútilmente. Desesperado prorumpió un dia, segun se asegura, en las siguientes palabras, clavados los ojos en un San Miguel:—Ya que no alcanzan a salvar a mi hijo, quiero probar si puede más que tú ese que huellas con tus piés.

—¡Abominable blastemia! exclamó don Juan escandalizado.

—En seguida se curó el niño... y este niño... es don Carcía.

—Y tan así, que don García tiene desde entónces el diablo en el cuerpo, dijo riéndose a carcajadas el de Navarro, presentándose de improviso como si saliese de detras de una de las columnas después de haber oído la conversacion. En verdad, Perico, prosiguió con un tono frio y despreciativo volviéndose al atónito estudiante, que si no fuéreis un cobarde os haria arrepentir de vuestra audacia. Señor don Juan, cuando nos conozcais mejor, no perdereis el tiempo escuchando a ese parlanchin. En cuanto á si soy ó no un perverso diablo, servíos acompañarme a la iglesia de San Pedro, y una vez de cumplir con nuestros deberes religiosos, me permiti-

reis que os convide a comer, aunque malamente, con algunos camaradas.

Tomó en seguida el brazo del de Marana, quien, avergonzado por haber prestado atención a la extravagante historia de Perico, se apresuró a aceptar la oferta, para demostrar así a su nuevo amigo el ningún caso que hacia de tales enredos.

Entraron en la iglesia de San Pedro, y arrodilláronse ambos ante una capilla rodeada de fieles. Don Juan rezó en voz baja, y al alzar la cabeza, después de permanecer algun tiempo en su piadosa ocupacion, encontró aún sumido a su compañero en un éxtasis devoto; por el movimiento de sus labios se diria que no había llegado a la mitad de sus oraciones. Sintiendo don Juan la cortedad de sus rezos, púsose a recitar entre sí todas las letanías que se le vinieron a las mientes. Pero ni con esto veia cambiar de postura al de Navarro, por lo que despachó distraidamente algunos menudos sufragios; y persistiendo aquél en su inmovilidad, creyó poder mirar en torno con objeto de posar el tiempo y aguardar el fin de tan eterna oracion. Lo primero que atrajo su atencion fueron tres mujeres arrodilladas sobre alfombras de Turquía. Una olia dueña desde léjos por su edad, sus anteojos y la veneranda anchura de su cofia; pero las otras dos eran jóvenes y lindas, sin que la inclinacion de los ojos sobre

sus rosarios llegara hasta estorbar que se notase cuán grandes, vivos y rasgados resplandecían. Experimentó don Juan singular placer en mirar a una de las dos, más quizá del que permitían aquellos santos lugares, y olvidando el rezo de su camarada, tiróle de la manga y le preguntó quién era la señorita del rosario de ambar amarillo.

—Doña Teresa de Ojeda, respondió don García sin mostrarse escandalizado por la interrupción; y la otra es doña Faustina, su hermana mayor, ambas hijas de un auditor del Consejo de Castilla. Estoy enamorado de la mayor; enamoraos, pues, de la más pequeña. Atended cómo se levantan y van a salir... ¡Bravo! Démonos prisa para verlas subir al coche, que tal vez alce el viento sus basquiñas y percibamos uno ó dos bien torneadas piernas.

Tan prendado se sentía don Juan de la hermosura de doña Teresa, que, sin cuidarse de la liviandad de semejantes expresiones, siguió a don García hasta las puertas de la iglesia, en donde vió que las dos nobles señoritas subían a su coche, el cual echó a andar por una de las más frecuentadas calles. Luego que hubieron partido, exclamó don García a egremente terciándose el sombrero.

—¡Vivan las niñas de rumbo! Lléveme el diablo si la mayor no cae en mis manos antes de diez días. ¿Qué tales van vuestros asuntos con la más pequeña?

—¡Ca! respondió don Juan sencillamente, si es la primera vez que la veo.

—Excelente razon por cierto, repuso don García. ¿Pensais que mi conocimiento con la Fausrina cuenta más larga fecha? Y con todo hoy la he entregado una carta que ha recibido muy bien.

—¿Una carta? Si yo no os he visto escribir.

—Las llevo a docenas preparadas, y como están sin nombre pueden servir para todas. Cuidad meramente de no emplear epítetos que os comprometan acerca del color de los ojos ó de los cabellos; pues en lo tocante a suspiros, lágrimas y alarmas amorosas, así a las morenas como a las rubias, y no ménos las casadas que las solteras, creerán su veracidad a las mil maravillas.

Departiendo en estos términos halláronse a la puerta de la casa, donde los esperaba la comida que, como de estudiantes, era más abundante que variada; guisos cargados de especias, carnes saladas; en fin, todo lo que pudiese escitar la sed. Los vinos eran de la Mancha y Andalucía. Aguardaban a don García, y luego que entró este sentáronse a la mesa, no oyéndose al principio otro ruido que el de las mandíbulas y los vasos. Ejerciendo pronto el vino su acostumbrado influjo, comenzó la conversacion a acalorarse, girando sólo sobre desafíos, amores y es-

tudiantiles tretas. Uno contaba cuál se la habia jugado a su patrona tomando el trote la víspera del día en que debia pagar su alojamiento. Otro habia mandado a casa de un tabernero por algunas botellas de *Valdepeñas*, a nombre de uno de los más graves profesores de teología, logrando sustraer las botellas y embocar la cuenta del vino al doctor. Ahora era una paliza a la ronda; después el escalamiento de la casa de un marido celoso. Don Juan escuchaba en un principio consternado tales desórdenes; pero en breve desarmaron su gazmoñería el vino ó el buen humor de los convidados. No sólo rió de las aventuras, sino que llegó hasta envidiar la reputacion que algunos con sus felices estratagemas ó estafas se captaban. Comenzó a echar en olvido los sábios principios que trajera a la universidad para admirar en cambio las reglas de la conducta estudiantil, fáciles y sencillas si las hay, puesto que consisten en permitirse todo respecto de los *pillos*, esto es, respecto de cualquiera no matriculado en los registros de la universidad. Halase el estudiante en medio de los *pillos* como si dijésemos en país enemigo, y se cree con el derecho de obrar en contra suya cual los judíos contra los cananeos. Acontece sin embargo, que el corregidor se cura poquísimo de las santas leyes universitarias, y molesta que es un contien-

to a los iniciados cuando se brinda la ocasion; y de aquí su deber de mantenerse unidos como hermanos, socorrerse mutuamente y guardarse, sobre todo, un inviolable secreto.

Esta mística conversacion duró lo que las botellas; pero vaciadas estas, encontráronse los entendimientos hechos una Babilonia, y sintieronse nuestros estudiantes con soberbias ganas de dormir. Abrasaba aún el sol cuando se separaron para disfrutar de la indolente siesta. Don Juan aceptó una cama en casa de don García, y no bien se hubo tendido en el colchon de cuero, cuando la fatiga y los vapores del vino le sumieron en el sueño mas profundo. Las visiones que se le aparecieron en un principio eran tan extravagantes y confusas, que sólo le escitaron cierto vago disgusto, ajeno enteramente a la imágen ó idea que pudiesen originarlo.

Fuéronse poco a poco aclarando los fantasmas de su entendimiento, hasta guardar entre sí alguna ilacion. Soñó que estaba dentro de una barca, navegando en un gran rio, más ancho y turbio que el Guadalquivir durante el invierno. Carecía de velas, de remos, de timon, y la orilla del rio parecia desierta. Bamboleábase tanto la barca a impulso de la corriente, que se figuró hallarse a la embocadura del Guadalquivir, precisamente cuando los tontos de Sevilla que van a

Cádiz principian a experimentar los efectos del mareo.

Encontróse luego en una parte más estrecha del rio, de modo que le era dable ver y aún alcanzar con la voz ambas orillas; y entonces se dibujaron en los dos lados opuestos dos figuraa luminosas que fueron aproximándose a él como para socorrerle. Primero se volvió a la derecha, y distinguió a un grave y austero anciano, con los piés desnudos y sin más vestido que un sayo andrajoso, que aparentaba tenderle su mano. Ladeóse en seguida a la izquierda y vió una mujer de elevada estatura, y de noble y atractiva fisonomía, en ademan de presentarle una corona de flores. Notó al propio tiempo que la barca, sometiéndose al influjo de su voluntad, se dirigia sin remos que la empujasen, hacia la orilla en que estaba la mujer; é iba ya a coger tierra, cuando un grito, procedente del lado opuesto, le hizo volver la cabeza y acercarse hacia donde le esperaba el anciano, más severo ahora que anteriormente. Todo lo que se veia de su cuerpo estaba cubierto de magulladuras, lívido y tinto en sangre cuajada. Con una mano le ofrecia una corona de espinas, y con la otra una disciplina guarnecida de puntas de hierro.

Don Juan, horrorizado, retrocedió la orilla izquierda. Allí encontró aún a la aparición que tanto le hechizara, con flotantes

cabellos, ojos animados de un fuego sobrenatural, y una espada en vez de la corona de flores.

Detúvose don Juan un momento ántes de abordar, y redoblando su atención, vió que la hoja de la espada estaba teñida de sangre, y lo mismo la mano de la mujer. El exceso del espanto le despertó, y no pudo contener un grito al reparar en una espada desnuda que brillaba a dos piés de su lecho, aunque no en la diestra de ninguna mujer, y sí en la de don García, que al ir a despertarle la vió y examinaba su curioso trabajo a fuer de inteligente. En la hoja se leía esta inscripción: «*Guarda lealtad,*» y las armas, nombre y divisa de los Maranas, como quedó dicho anteriormente, estaban grabadas en su empuñadura.

—Famosa espada, amigo mio, exclamó don García; debeis haber descansado bastante. Es ya de noche; paseémonos y luègo, cuando toda la gente honrada de esta ciudad se hubiere retirado a sus casas, iremos, si os place, a dar una serenata a nuestras divinidades.

Paseáronse en efecto a orillas del Tormes, mirando pasar a las bellas que acudían a respirar el ambiente ó a lanzar ojeadas a sus amantes. Poco a poco se fué disipando la concurrencia, hasta desaparecer completamente.

—Esta es la ocasion, dijo don Gacia; aho-

ra la ciudad pertenece entera a los estudiantes, sin que se atrevan los *pillos* a turbarnos en nuestras inocentes diversiones. En cuanto a la ronda, si topásemos con ella, creo inútil asegurarnos que es una canalla indigna de consideracion; no curándoos de tener que acudir a las piernas si nos acometieren en gran número, pues conozco todos los rodeos, y con seguirme saldreis bien del lance.

Hablando así, arrebozóse en su manteo de modo que le quedase tapado lo principal del rostro y libre el brazo derecho. Imitóle don Juan, y dirigiéronse ambos hácia la calle donde vivian doña Faustina y su hermana. Silbó don García frente al pórtico de una iglesia, y presentóse su paje con la guitarra: tomóla el de Navarro, y despidió al portador.

—Por lo que alcanzo, dijo don Juan al entrar en la calle de Valladolid, quereis serviros de mí para que os guarde las espaldas, y os aseguro que no os arrepentireis de ello. Sevilla, mi patria, renegaria de mí si no supiese cumplir con tal encargo.

—No es ese mi intento, respondió don García. A mí me traen aquí mis amores y a vos los vuestros: cada uno, pues, a su negocio. Chito. Hé aquí la casa. Apoderaos vos de esa celosía, yo de esta, y ojo avizor.

Afinado que hubo la guitarra, púsose don

García a cantar con una voz agradable un romance en que, como de ordinario, se trataba de lágrimas, suspiros, etc. Ignoramos si él mismo era el compositor.

A la tercera ó cuarta seguidilla se levantaron ligeramente las celosías de las dos ventanas, y dejóse oír una tosecita para indicar que álguien estaba oyendo. Es notorio que nunca los músicos tocan cuando se les pide de favor ó saben que se les está escuchando, y por lo mismo inmediatamente colocó don García su guitarra sobre un guarda canton y entabló en voz baja la conversacion con una de las mujeres. Alzó don Juan los ojos y vió que desde la otra ventana se le consideraba atentamente, no dudando fuese la hermana de doña Faustina, elegida por su gusto y el capricho de su amigo como la dama de sus pensamientos. Pero tímido aún y sin esperiencia no acertaba el triste por donde empezar, y se entretenia con sus congeturas cuando vino a sacarle de ellas un pañuelo que cayó de la ventana y una vocecita que exclamó: *¡Ay Jesus, mi pañuelo!*

Cogiólo don Juan, y valiéndose de a punta de su espada, lo elevó a la altura de la celosía. No se necesitaba más para entrar en materia: la voz principió por darle gracias, preguntándole en seguida si habia estado aquella mañana en la iglesia de San Pedro. Don Juan respondió que en efecto habia e

tado, y que habia perdido allí su reposo.

—¿Cómo?

—Con veros.

Don Juan era sevillano, y sabia de memoria todos los romances moriscos en que abunda el idioma amoroso; ¿cómo, pues, no habia de ser elocuente? La conversacion durò poco más ó ménos una hora, terminándose con decir Teresa que su padre se acercaba y era preciso recogerse. Antes de dejar la calle ambos amantes, vieron alargarse al traves de las celosías dos lindas manos, que les arrojaron otras tantas matas de jazmín. Don Juan se fué a acostar con la cabeza henchida de deliciosas imágenes; y por lo que toca a don García, entróse en un bodegon y pasó allí la mayor parte de la noche.

Al dia siguiente los suspiros y las serenatas se renovaron, y continuaron así algunas noches hasta que, después de una correspondiente resistencia, consintieron ambas damas en dar y recibir rizos de pelo, operacion que se llevó a cabo por medio de un hilo conductor. Don García, incapaz de contentarse con tales begatelas, habló en breve de escalas de cuerda ó de llaves falsas; pero juzgándosele atrevido en demasia, su proposicion fué, si no desechada, a o ménos aplazada indefinidamente.

Cosa de un mes llevaban don Juan y don García de inútiles arrullos al pié de las ven-

tanas de sus amantes, cuando cierta noche muy oscura, en que la conversacion se prolongaba a solaz de todos los interlocutores, se presentaron de improviso al extremo de la calle siete ú ocho hombres de capa, de los cuales la mitad traian instrumentos músicos.

— ¡Justo cielo! exclamó Teresa; es don Cristóbal que viene a darnos una serenata. Por el amor de Dios, retiraos, ó vamos a tener algun disgusto.

— No somos nosotros de los que cedemos tan fácilmente el puesto, dijo don García, y alzando la voz prosiguió dirigiéndose al que venia delante: Caballero, el sitio está ocupado, y estas damas no se cuidan de vuestra música; si os place, pues, buscad fortuna en otra parte.

— Es uno de esos pícaros estudiantes que pretenden estorbarnos el paso, gritó don Cristóbal, y me propongo enseñarle cuán caro cuesta el dirigir votos a mis amores.

Con esto metió mano a la espada, y dos de sus compañeros le imitaron. Don García, pronto en sus acciones, se construyó una especie de adarga con el manteo, desnudó su tizona y exclamó:

— ¡A mí los estudiantes!

Empero ni un solo habia en aquellos alrededores. Los músicos, con el temor de que sus instrumentos padeciesen en la contienda, tomaron las de Villadiego llamando a vo-

ces la justicia, mientras que las damas invocaban a todos los santos del cielo para que acudiesen en su ayuda.

El primero que tuvo que defenderse de don Cristóbal fuè don Juan, como que se hallaba bajo la ventana más pròxima al recién llegado. Este era diestro y tenia además en la mano izquierda una tarja de hierro, con que paraba los golpes, en tanto que don Juan contaba meramente con su espada y su manteo. Estrechàbale de cerca don Cristóbal cuando recordando a propósito una estocada del señor Uberti, su maestro de esgrima, dejóse caer sobre la mano izquierda, y deslizando con la derecha su espada por debajo de la tarja de don Cristóbal se la introdujo tan fuertemente entre las costillas, que el acero se rompiò, despues de penetrar cosa de un palmo. Don Cristóbal exhaló un grito y cayó bañado en su sangre. Durante esta operacion, más presto ejecutada que referida, defendiase don García ventajosamente contra sus dos adversarios, quienes, no bien advirtieron en la desgracia del que los capitaneaba, huyeron a escape.

—Salvémonos ahora, dijo don García, pues no es ocasion de divertirnos Adios, hermosas. Y arrastró consigo a don Juan, espantado de su propia hazaña. A veinte pasos de la casa detúvose don García para preguntar a su compañero qué habia hecho la espada.

—¿Mi espada? respondió don Juan, notando por la primera vez que no la tenía; no sé de ella... Sin duda se me habrá caído.

—¡Maldición! exclamó don García: vuestro nombre está grabado en la empuñadura.

Salían en aquel momento varias personas de las casas vecinas para socorrer al moribundo, y un piquete de soldados se adelantaba rápidamente hácia el mismo punto. Era una patrulla atraída por los gritos de los músicos y el ruido del combate.

Don García, encajándose el sombrero hasta los ojos, y cubriendo la parte interior del rostro con su manteo para evitar que le conociesen, se abalanzó en medio de aquel peloton; no obstante el peligro que corria, esperando hallar así la espada de nuestro héroe, que serviría en otro caso para descubrir al culpable. Vióse don Juan herir a diestra y siniestra, apagar las luces, atropellar a cuantos le salieron al encuentro, y retroceder en breve a todo correr con una espada en cada mano, y la patrulla entera detras.

—¡Ah don García, exclamó don Juan cogiendo su espada; cuánto tengo que agradeceros!

—¡Huyamos, huyamos! dijo el estudiante. Seguidme, y si alguno de esos pícaros os estrechare de muy cerca, haced como con el otro.

Arrancaron entónces ambos de aquellos

lugares, sirviéndose de todo su natural vigor, acrecentado este con el miedo que al corregidor tenían, pues pasaba el tal magistrado por más enemigo de los estudiantes que de los ladrones.

Don García, que conocía a Salamanca como a su *Deus det*, mostraba singular habilidad en volver rápidamente las esquinas y lanzarse en las calles estrechas; pero su camarada, como más novicio, apenas si alcanzaba a seguirle. El aliento escaseábase ya, cuando toparon al extremo de una calle con un grupo de estudiantes que se solazaban cantando al son de sus vihuelas. No bien percibieron estos que se perseguía a dos de sus camaradas, armáronse de piedras, bastones y cuanto hubieron a la mano, de modo que los arqueros juzgaron prudente el no trabar pendencia, tocado a recogerse y dejando a nuestros dos heroes el tiempo preciso para refugiarse y descansar unos minutos en una iglesia vecina.

Cuando estuvieron en el atrio parecióle a don Juan que debía envainar la espada como que el entrar en la casa de Dios armado era indigno de un cristiano; y entónces, por la resistencia de la funda, se convenció de que no era aquella arma la suya propia. En medio de su premura había cogido don García la primera espada que se le ofreciera al paso, esto es, la del muerto ó uno cual-

quiera de sus acólitos. El caso era grave, y don Juan se apresuró á advertir de semejante equívoco à su amigo, cuyos concejos encontraba muy acertados.

Frunció don García el entrecejo, mordiósse los labios, torció las alas de su sombrero y comenzó à pasearse, miéntras que don Juan, con el aturdimiento producido por un *quid pro quo* tan fatal, sentíase inquieto y como aguijado de la vengadora conciencia. Después de un cuarto de hora de reflexiones, pasado sin que don García lastimase la delicadeza de su amigo con la más ligera inculpacion sobre el abandono de la espada, cogió el de Salamanca à don Juan del brazo y le dijo:

—Seguidme; yo os salvaré.

En aquellos momentos salia un clérigo de la sacristía de la iglesia, con direccion á la calle. Detúvole don García.

—¿No es el sabio licenciado Gomezá quien tengo el honor de hablar? le preguntò.

—Aún no he recibido ese grado, respondió el clérigo, lisonjeado con la interpelacion. Llámome Manuel Tordoyas, para servirlos.

—Padre mio, repuso don Garcia, sois cabalmente la persona que yo necesitaba; trátase de un caso de conciencia, si la fama no me ha engañado, tengo ante mí al autor de ese celeberrimo tratado de *de Casibus conscientiae*, que trae alborotado a Madrid.

El clérigo, dejándose arrastrar del pecado de vanidad, respondió tartamudeando que, si bien no era autor de semejante libro (el cual, sea dicho de paso, nunca había existido) hallábase no obstante muy versado en la materia. Don García, que tenía sus razones para no darle oído, prosiguió de esta manera.

—En tres ó cuatro palabras os pondré al alcance del asunto en cuestion. Uno de mis amigos ha sido detenido, no hace una hora, en medio de la calle, por un hombre que le dijo: «Caballero, voy a reñir a dos pasos de este sitio; mi adversario tiene una espada más larga que la mía, y espero me prestéis la vuestra para que las armas sean iguales.» Mi amigo consintió en el trueque, y se quedó aguardando la terminacion del lance. Como no oyese dentro de poco el ruido de la pelea, hubo de acercarse, y ¿qué es lo que vió? á un hombre atravesado por la espada misma que acababa de prestar. Desde entónces anda desesperado, reprendiéndose su complacencia, y creyendo haber cometido un pecado mortal. Yo me empeño en apaciguarle, pues á mi entender el pecado es meramente venial, visto que, a no ser el préstamo, mi amigo hubiera ocasionado un duelo desigual entre dos personas. ¿Cuál es vuestro dictámen, padre? ¿No opináis como yo?

El clérigo, que era un aprendiz de casuista, estiró las orejas escuchando esta historia

y comenzó a estregarse la frente como el que anda a caza de alguna cita. Don Juan se perdía en congeturas sobre las intenciones de su camarada; pero por no echarlo todo á rodar con un despropósito, guardaba silencio.

—Padre, continuó don García, la cuestión es difícil, puesto que un sabio de vuestra cuantía titubea al resolverla. Si nos lo permitís, volveremos mañana a saber vuestro parecer. Entre tanto dignaos, os lo ruego, decir algunas misas por el alma del difunto. Hablando así, dejó resbalar dos ó tres ducados en las manos del clérigo, quien, acabando con esto de aficionarse a unos jóvenes tan devotos, tan escrupulosos y sobre todo tan manilargos, les prometió darles su opinión por escrito al día siguiente y en aquel propio lugar. Desatóse don García en agradecimientos y añadió como al descuido:

—¡Con tal de que la justicia no quiera cargarnos con la responsabilidad de esta muerte!... Por lo demás, en vos fiamos respecto de nuestra reconciliación con el Señor.

—¡La justicia!... dijo el clérigo; no temáis nada de su parte, puesto que vuestro amigo, por el sólo hecho de haber prestado su espada, no ha incurrido en complicidad legal.

—Concedido, padre; pero es el caso que el matador se ha escapado. Procederán, como parece regular alexámen de la herida; tal vez encuentren la espada teñida en sangre...

¿quién diablos sabe? ¡Y cómo esas gentes son tan terribles á lo que cuentan!

—Pero ¿no presenciásteis vos el préstamo de esa arma?

—Sin duda, respondió don García, y lo afirmaria ante todos los tribunales del reino. Además de que, prosiguió mañosamente, vuestro testimonio sería el mas poderoso sosten de la verdad. Nos hemos presentado á vos mucho antes de que se divulgase el asunto, a fin de reclamar vuestros socorros espirituales. ¡Bah! si podriais hasta atestiguar el trueque... Hé aquí la prueba.

Diciendo y haciendo, cogió la espada que tenia don Juan, y continuó:

—Examinad cuán mal le viene la hoja á esta vaina.

Nuestro boquimuel'e clérigo arqueó la cabeza á guisa de hombre convencido de la verdad de lo que se le contaba, sin perjuicio de sopesar en silencio los susodichos ducados, argumento sin réplica en favor de ambos jóvenes.

—Sobre todo padre, añadió don García con el aire mas devoto del mundo, ¿qué nos importa la justicia? Reconciliémonos con el cielo, y es bastante.

—Hasta mañana, dijo el clérigo retirándose.

—Hasta mañana, respondió don García: os besamos las manos y fiamos en vos.

Así que hubo partido el buen Tordoyas, dió don García un salto, exclamando alegremente:

—¡Viva la simonía! La cosa ha variado de aspecto a mi entender. Si la justicia se acuerda de vos, este reverendo padre, en premio de los ducados recibidos y de los que espera recibir, atestiguará que tenemos que ver con la muerte lo que el recién nacido. Recogeos ahora; estad alerta y no ábrais sin asegurarnos bien de quien os llame; en cuanto á mí, voy a dar una vuelta por la ciudad a fin de husmear alguna noticia.

Ya en su cuarto, arrojóse don Juan vetsido sobre la cama, y pasó la noche sin pegar los ojos, con las mientes en el asesinato que acababa de cometer, y lo que era aún peor, en sus consecuencias. Apenas oía pisadas en la calle, parecíale que la justicia acudia a prenderle; y sin embargo, como estaba fatigado y abrumaban su cabeza las resultas del estudiantil banquete, quedóse dormido al despuntar el sol.

Algunas horas llevaba de sueño cuando le despertó su criado con la nueva de que una dama tapada queria hablarle. En el momento mismo una mujer entró en el aposento. Un gran manto negro la cubria de piés a cabeza, sin dejarle visible mas que un ojo, el cual volvió hácia el criado y en seguida hácia don Juan, como para significar a este que tenia

que hablar con él solas. Inmediatamente salió el criado y sentóse la dama mirando a don Juan con la mayor atención. Después de una larga pausa, principió a decirle de esta manera:

—Caballero, este paso os sorprenderá, y quizá forméis de mí una mediana opinión; pero cualquiera que sepa los motivos de mi venida, no me culpará de seguro. Ayer habéis tenido un encuentro con un caballero de esta ciudad...

—¡Yo, señora, yo! exclamó don Juan poniéndose pálido; si no he salido de este cuarto...

—Inútil es el disimulo conmigo, y debo enseñaros a ser franco.

Diciendo así, apartó el manto, y don Juan conoció a doña Teresa.

—Señor don Juan, prosigió la dama ruborizándose, debo confesar que vuestra valentía me ha interesado; y como notase, a pesar de mi turbación, la rotura de vuestra espada, que dejásteis caer en seguida cerca de nuestra puerta, me aproveché del momento en que todos se agolpaban en torno del herido para bajar y recoger la empuñadura. Al examinarla leí en ella vuestro nombre y comprendí cuán grande sería el compromiso para vos si vuestros enemigos lograban apoderarse de ella. Héla aquí: me considero muy dichosa en volverosla.

Don Juan cayó a sus rodillas diciéndole que le debía la vida, inútil presente, puesto que iba a matarle de amor.

Estaba doña Teresa de prisa y quería retirarse inmediatamente, pero era tal el placer con que escuchaba a don Juan, que no se decidía a despedirse.

Una hora poco mas ó menos pasaron juntos, durante la cual se juraron amor eterno, y hubo ósculos en las manos è instancias vivísimas por una parte y denegaciones débiles por la otra. La aparición repentina de don García, interrumpió el amoroso coloquio. A fuer de hombre curado ya de escándalo, procuró calmar el ánimo de Teresa; encomió su valor é intrepidez, y acabó suplicándole interpusiese su mediacion para que doña Faustina le dispensase mas humana acogida. Prometióle doña Teresa cuanto él quiso, y cubriéndose herméticamente con su manto, partió, ofreciéndoles hallarse aque la misma tarde con su hermana en cierto punto del paseo que designó.

— A las mil maravillas van nuestros negocios, dijo don García cuando estuvieron solos. Nadie sospecha de vos. El corregidor, como me tiene ganas, se habia en un principio acordado de mí, persuadido, decia, de que yo era el matador de don Cristóbal. ¿Y sabeis lo que le ha hecho mudar de opinion? que le han informado de que toda la noche la pasé con vos;

y es tal vuestra reputacion de santidad, amigo mio, que os sobra para ceder a los demas. Como quiera que sea, acontece que nadie piensa en nosotros; y como la travesura de ese diablillo de Teresa nos sirve de garantía para el porvenir, olvidémoslo todo y pensemos meramente en divertirnos.

— ¡Ah, García! dijo tristemente don Juan, cosa terrible es matar a un semejante.

— Pero hay otra cosa aún mas terrible, le respondió don García, a saber: que un semejante nos mate, y mas que eso lo es un dia pasado en ayunas; a propósito de lo cual os convidó a comer hoy en compañía de unos cuantos alegres camaradas que se alegran de veros.

Terminadas estas palabras salió.

El amor comenzó a disipar los remordimientos de nuestro héroe, y la vanidad completó la obra. Los estudiantes con quienes comió en casa de don García, habian sabido por éste cual era el verdadero matador de don Cristóbal, y como temian de sumo a un caballero tan famoso por su valor y destreza, su muerte los colmó de satisfacción y felicitaron a porfia al de Marana. Llamábanle la honra, la flor, el brazo de la Universidad; brindaron a su salud con entusiasmo; y un estudiante de Murcia improvisó un soneto en su alabanza, en el cual le comparaba al Cid y a Bernardo del Carpio. Sentíase, empero,

don Juan, al levantarse de la mesa, algun peso en el corazón; aunque es dudoso que hubiese resucitado a don Cristóbal, si con poder se encontrase para ello, pues arriesgaria menoscabar la consideracion y fama que alcanzara con semejante muerte en toda la Universidad.

Por la tarde hubo de ambas partes exactitud en la cita dada á las orillas del Tormes. Tomó doña Teresa de la mano a don Juan (lo del brazo no se acostumbraba todavía), y doña Faustina al de Navarro; y despues de unos cuantos paseos se separaron ambas parejas, contentísimas y prometiéndose no perdonar ocasion de volver á verse.

Luègo que dejaron a las dos hermanas tropezaron con unas gitanas que bailaban al son de sus tamboriles en medio de un grupo de estudiantes y se reunieron a la partida. Agradaron las bailarinas a don García, y resolvió convidarlas a comer; hecha la proposicion, fué aceptada inmediatamente. Por supuesto que no faltó al banquete don Juan en calidad de *fidus Achates*; y como le picara el dicho de una de las gitanas que habia comparado su porte al de un fraile novicio, hizo incapié en probar cuán mal le venia tal calificacion, bailando, jurando, jugando y bebiendo por sí solo tanto como pudieran verificarlo dos estudiantes de segundo año. Montó a tal punto en furor con la embriaguez, que costó tra-

bajo llevarle a media noche a su casa; queria pegar fuego a Salamanca, y beberse en seguida el Tormes para que no fuese dable apagar el incendio.

Así iba perdiendo nuestro héroe una tras todas las buenas cualidades con que le habian dotado la naturaleza y su educacion. A los tres meses, bajo la direccion de don García, tenia ya seducida a la infeliz Teresa, llevándole a su camarada ocho o diez dias de ventajaja solamente con doña Faustina. El amor de don Juan fué en un principio el que siente un jóven de su edad respecto de la primer mujer que se arroja en sus brazos; pero demostróle don García, sin que le costase mucho, que la constancia era una virtud quimérica, y que si se portaba de distinto modo que sus demas compañeros de orgías universitarias, la reputacion de Teresa lo padecería, «porque, decia, sólo un amor muy violento y satisfecho puede contentarse con una mujer.»

Por otra parte, las malas compañías no dejaban a don Juan un momento de reposo. Apenas se le veia en las clases, y esas veces adormecíanle, llevado de calles por sus vigiliias y desenfreno, las doctas lecciones de los mas ilustres profesores. En desquite, prrsentábase el primero en los paseos, siendo el último en retirarse, y pasaba por lo regular las noches que no podia doña Teresa consagrarle en tabernas ó en sitios peores todavía.

Recibió un día un billete de esta, en el que le expresaba su disgusto por tener que faltar a la cita convenida para aquella noche, pues acababa de llegar a Salamanca una anciana parienta, a quien había cedido su cuarto, debiendo ella dormir en el de su madre. Sintióse poco afectado al aviso don Juan, como que no le faltaba donde emplear la noche; pero al salir de su casa, ocupada la mente en sus proyectos, le entregó una tapada otro billete de doña Teresa participándole que se había dado sus trazas a fin de obtener un dormitorio separado, y que todo estaba dispuesto, de acuerdo con su hermana, para la cita. Enseñó don Juan a esquila a su amigo; y después de alguna vacilación, escalaron, maquinalmente y como por una especie de hábito, los balcones de sus queridas.

Tenia doña Teresa un lunar en la garganta, cuya vista, la primera vez que le permitió esta mirarlo, fué considerada por nuestro héroe como un favor inmenso. Algun tiempo continuó calificándolo de encantador y singular en el mundo, y ya le parecía a una violeta, ya a una anémone, ya a la flor de la alfalfa. Pero pronto este lunar, lindísimo realmente perdió para él todos sus primeros.

—No es más que una gran mancha negra, decía suspirando. ¡Lástima que esté tan visible! ¡Diablo, si se asemeja a una corteza de toino! ¡Carguen los infiernos con tal lunar!

Hasta preguntó cierto día a Teresa si no había consultado a los médicos sobre el modo de extinguirlo; à lo que la pobre muchacha contestó ruborizada, que ningun hombre, excepto él, había visto aquella mancha, y que su nodriza solia decirle que los lunares son signos de buena ventura.

La citada noche, como que don Juan llevaba un humor pèsimo, parecióle el lunar aún mayor que otras veces.

—¡Pardiez, dijo en sus adentros, si es la efigie de una rata! ¡Qué monstruosidad! es un signo de reprobacion como el de Cain. Preciso es estar endiablado para enamorarse de tal mujer.

Con esto su mal humor subió de punto; riñó a la pobre Teresa sin motivo, la hizo llorar, y se separó de ella entre dos albas, sin concederla el abrazo de despedida. Don García, que salió junto con él, permaneció silencioso unos momentos; pero deteniéndose de improviso, exclamó:

—Convenid, don Juan, conmigo en que nos hemos fastidiado a las mil maravillas esta noche. En cuanto a mí aún me dura el hastio, y me sobran las ganas de mandar a todos los diablos a mi princesa.

—Pues no teneis razon, dijo don Juan; que la Faustina es una persona linda si las hay con una blancura de cisne, y siempre alegre como mayo. ¡Os ama, ademas, con ta

extremo! Sois, en verdad, muy dichoso.

— Convengo en su blancura; pero faltanle colores, y comparada a su hermana parece un buho allado de una paloma. Vos sí que sois dichoso.

— Tal cual, respondió don Juan. La chica es graciosa, cierto; pero se resiente de la niñez, y no se le puede hablar en razón. Su cabeza es un estuche de cuentos de caballería andante, y se ha forjado sobre el amor las más extravagantes ideas. Sus exigencias son de a folio, don García.

— ¡Bah! eso consiste en que no sabeis aún (achaque de gente primeriza) poner en su punto a vuestras amantes. Una mujer, creedme, es a manera de un caballo; si la dejais adquirir malas mañas, si no cuidais de persuadirla que no la perdonareis capricho alguno, sois hombre al agua.

— Decidme, don García ¿tratais vos a vuestras amantes como a vuestros caballos? ¿Echais mano del látigo a menudo para dar fin a sus voluntariedades?

— Nó, sino raras veces, porque soy de sobra bondadoso. Ea, pues, don Juan, ¿quereis cederme a vuestra Teresa? Os fio que dentro de quince dias os la volveré suave como un guante. Os ofrezco en cambio a Faustina ¿Necesitais encima alguna cosa?

— El convenio, dijo sonriéndose don Juan, me agradaría sobremanera si consintiesen en

él esas damas. Pero doña Faustina no querrá cederos, pues temerá perder en el trueque.

—Modesto sois, á fé; cobrad empero aliento, pues tanto la he hecho rabiar últimamente, que el primero que se le presente la parecerá, comparado conmigo, un ángel de luz junto a un precito. Hablo de veras, don Juan.

El tono serio con que el de Navarro expresaba estas extravagancias aumentaba la risa de nuestro héroe. Interrumpiólos la llegada de muchos estudiantes que torció el curso a sus ideas; pero por la noche, sentados ambos amigos ante una botella de vino de Montilla, acompañada de una pequeña cesta con bellotas de Valencia, volvió don Garcia a quejarse de su amante. Acababa de recibir una carta de Faustina henchida de tiernos discursos y dulcísimas quejas, al través de las cuales asomaba su agudo ingenio, aficionado a buscar siempre el lado ridículo de las cosas.

—Divertios, dijo don Garcia ofreciendo la epístola a amorosa a don Juan y bostezando desmesuradamente; divertios con la lectura de ese bello trozo. ¡Una cita para esta noche, con todos los diablos! Carguen éstos conmigo si fuere allá.

Don Juan leyó la carta, y le pareció encantadora.

—De seguro, dijo, que si tuviese yo una amante como la vuestra, me ocuparía solo en su felicidad.

—Tomadla, pues, amigo mio, exclamó don García; os abandono mis derechos. Toda vía mejor, añadió levantándose y como asaltado de una idea repentina; juguemos nuestras queridas. Aquí hay barajas. Una partida de tresillo, y pecho al agua. Doña Faustina es mi puesta; la vuestra doña Teresa, ¿os parece bien?

Desternillándose don Juan de risa con la locura de su camarada, cogió las cartas y las barajó; y aunque sin prestar atención al juego, favorecióle la suerte. Don García, conforme con su pérdida, pidió recado de escribir, y giró contra doña Faustina una especie de letra de cambio, ordenándose se pusiese a disposición del portador, no de otro modo que si hubiera escrito a su administrador mandándole entregase cien ducados a uno de sus acreedores.

Don Juan, siempre riendo, invitaba a don García para que se desquitase; pero este no quiso.

—Si teneis una pizca de valor dijo al de Marana, temad mi capa, y encaminaos a la puertecilla que conoceis perfectamente. Sólo hallareis allí a Faustina, puesto que la Teresa no os aguarda esta noche. Seguidla sin chistar: una vez en su cuarto, no dejarà de sorprenderse, y quizá vierta una ó dos lágrimas; pero no os detengais, por esto, que es seguro no gritará. Enseñadle entonces mi

carta, y decidle que soy un malvado, un monstruo todo lo que se os antoje; añadidle que en vos se le presenta una manera pronta y facilísima de vengarse, y yo os fio que le parecerá dulce la venganza.

A cada palabra de don García introducía-se más adentro el diablo en el corazón de don Juan, demostrándole que aquel chiste podía finalizar para él lo más agradablemente del mundo. Cesó de reír, y comenzó su frente a enardecerse.

—Si estuviese seguro, dijo, de la conformidad de Faustina...

—¿Cómo de su conformidad? exclamó el libertino. ¿Tan bisonño sois que creais capaz a una mujer de vacilar entre un amante de seis meses y un amante de un día? Id y mañana ambos me dareis las gracias, estoy seguro de ello; no os pido en recompensa sino que me permitais cortejar a Teresa para desquitarme.

Notando que llevaba ya de vencida a don Juan, le dijo resueltamente:

—Decidíos, pues en cuanto a mí no pienso ver a Faustina esta noche; y así, si no aceptais la propuesta, doy este billete al gordo de Fadrique, quien me heredarà.

—Manos a la obra, venga lo que viniere, exclamó el de Marana; y para cobrar valor echóse a pecho un gran vaso de Montilla.

Acercábase la hora. Don Juan que aún

sentía un residuo de conciencia, redoblaba los tragos a fin de aturdirse. Sonó por último el reloj y don García, arrojando la capa sobre los hombros de don Juan, le condujo hasta la puerta de su amante, en donde le deseó una buena noche; y hecha la señal convenida, a'ejòse sin que el mas mínimo remordimiento le punzase por la mala accion que acababa de cometer.

La puerta se abrió inmediatamente. Doña Faustina esperaba, hácia algun tiempo.

— ¿Sois vos, don García? preguntó calladito.

— Sí, respondió don Juan todavía mas bajo, y oculto el rostro con el embozo de la capa.

Cuando hubo entrado, la puerta se volvió a cerrar, y don Juan principió a subir por una oscura detrás de su guia.

— Coged el extremo de mi mantilla, dijo la dama, y seguidme sin meter ruido.

Dentro de poco se vió nuestro hèroe en el aposento de Faustina, alumbrado débilmente por una sóla lámpara. Al pronto mantúvose D. Juan de pié sin quitarse la capa ni el sombrero, con la espalda contra la puerta, y sin osar descubrirse. Consideróle unos instantes doña Faustina sin desplegar los labios; pero de improviso se adelantó hácia el con los brazos abiertos, movimienio que el de Marana imitó dejando caer la capa.

—¡Cómo! ¿Sois vos, don Juan? exclamó ella. ¿Qué tiene, pues, don García? ¿Está enfermo?

—¿Enfermo? Nó, dijo don Juan... Pero le es imposible venir, y me envía en su lugar.

—¡Qué lo siento! Pero... decidme ¿será acaso otra mujer quien le impida acudir a la cita?

—¿Con que tan libertino le juzgais?

—¡Cómo se ya a alegrar mi hermana al veros! ¡Pobrecilla!... Pues a fé que no os esperaba... Dejadme ir a avisarla.

—Es inútil.

—Teneis un aire de... Vamos, don Juan, me traeis alguna mala noticia... Hablad ¿le ha sucedido alguna desgracia a don García?

No sabiendo qué responder, presento don Juan a la infeliz jóven el infame billete de su amigo. Leyólo ella con precipitacion, sin penetrar al pronto su objeto; lo leyò por segunda vez, y aún así no podia dar crédito a sus ojos. Observàbala don Juan atentamente y la veia ya enjugarse la frente, ya estregarse los párpados; sus labios temblaban, una palidez mortal cubria su rostro, y tenia que asir el papel con ambas manos para que no se le cayese. Levantàndose, por último, con un desesperado esfuerzo, exclamó:

—¡Falsedad, horrible falsedad! Don García no es capaz de haber escrito esto.

—Su letra os es bien conocida, respondio

don Juan; ignora cuanto valeis... y yo he aceptado su proposicion, porque os adoro.

Faustina le lanzó una mirada henchida del desprecio mas profundo, y se puso a leer de nuevo con la atencion de un abogado que recela alguna falsificacion en un documento. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos y enclavados en el papel.

A tiempos una lágrima se desprendia, sin que por eso pestañease, y rodaba por sus mejillas hasta caer al suelo.

De improviso lució en sus labios una sonrisa de loca.

—Es una broma ¿no es verdad? ¿No es verdad que os chanceais, y que don García está allí escondido y va a parecer?

—Nada hay aquí de broma, Faustina. Os adoro de veras; y si no me creyéseis me harías completamente desgraciado.

—¡Miserable, exclamó la jóven! Si sientes lo que dices, eres aún mas infame que don García.

—El amor lo excusa todo, hermosa Faustina. Don García os ha abandonado; ¿por qué no consolaros conmigo? Hé allí a Baco y Ariadna pintados: permitidme, pues, que sea vuestro Baco.

Sin responder una palabra cogió la irritada jóven un cuchillo que estaba sobre la mesa y abalanzóse hacia don Juan; pero este, como que no se le habia escapado el movimien-



to, la cogió del brazo, la desarmó fácilmente, y juzgándose autorizado para castigarla de aquella primera hostilidad, la dió tres ó cuatro besos y se empeñò en arrastrarla hácia un pequeño lecho de reposo

Doña Faustina era de suyo endeble y delicada; pero estimulada por la cólera, resistia al libertino, ora subiéndose sobre los muebles, ora defendiéndose con las manos, con los piés; hasta con los dientes.

En un principio recibió don Juan los golpes riéndose; pero luégo se encendió en ira como lo estaba en amor, y estrechó fuertemente a Faustina, sin curarse de ajar su finísima piel, semejante a un luchador empeñado en triunfar de su adversario a cualquier precio, y pronto ahogarle con tal de vencerle

La ultrajada dama se valió entonces del último recurso; y si un sentimiento de pudor femenino la habia retraído aún de llamar quien la socorriese, sintiéndose ahora casi vencida, aturdió la casa con sus gritos.

Conoció don Juan que no debía pensar ya en poseer a su víctima, sino en ponerse a salvo. Quiso repeler a Faustina y apoderarse de la puerta; pero asiéndole ella del vestido, no le dejaba huir.

Oíase entre tanto un alarmante rumor en las habitaciones interiores, y aproximábanse los pasos y las voces: no habia momento que perder.

Hizo un esfuerzo para lanzar de sí a doña Faustina; mas teníale esta de tal suerte cogido por la ropilla, que lo que hizo fuè girar sobre si mismo junto con ella, cambiando meramente de posicion.

Hállabase entonces Faustina al lado de la puerta, que se cerraba por dentro, y continuaba siempre gritando.

Abriéronse las dos hojas de repente, y un hombre, con un arcabuz en la mano, apareció en el umbral.

Instantáneas fueron la exclamacion y el tiro. La lámpara se apagó, y don Juan sintió que las manos de doña Faustina se aflojaban, y que alguna cosa líquida y caliente se deslizaba por las suyas. Y cayó, ó mas bien se dejó caer en tierra la desventurada, que una bala le habia roto la espina dorsal, equivocándola su padre con su infame violador.

Abalanzóse don Juan, ya libre, a la escalera, envuelto en el humo del arcabuz; y aunque recibió un culatazo de manos del padre y un sablazo de las de un sirviente que le iba a los alcances, ni uno ni otro le ocasionaron gran daño.

Empuñando la espada trató de abrirse calle y apagar la luz que llevaba el criado; este asustado con su resuelto ademan, retrocedió; pero don Alonso de Ojeda, intrépido y ardoroso, se precipitó sobre él sin titubear.

Paró don Juan algunos golpes, no querien

do sin duda mas que defenderse; empero es tal el hábito en las suertes de esgrima, que maquinalmente y sin intencion sigue la estocada al reparo; de donde resultó que al cabo de algunos instantes exhalase el padre de Faustina un hondo suspiro, cayendo mortalmente herido en el suelo.

Sin estorbo que le detuviese ya, arrojóse el de Marana a la escalera, de allí a la puerta, y en un abrir y cerrar de ojos se encontró en la calle, no siguiéndole los sirvientes por hallarse amontonados en derredor de su moribundo amo.

Doña Teresa, acudiendo al oír el tiro, se habia desmayado junto a su padre, sabedora sólo de la mitad de su infortunio.

Acabando estaba con la última botella de Montilla don Garcia cuando don Juan, pálido, ensangrentado, oscos los ojos, con la ropilla desgarrada y la valona descompuesta, entró precipitadamente en su aposento, y se tiró jadeante y sin poder hablar palabra en un sofá. Comprendió al momento el de Navarro que algun accidente grave habia acontecido; y luego que don Juan se desahogó un poco, le preguntó los pormenores. En breves razones quedó informado de todo. Don Garcia, incapaz de perder fácilmente su ordinaria flema, oyó sin pestañear la relacion de su amigo; y llenando en seguida un vaso, se lo presentó diciéndole:

—Bebed, que harto lo necesitais. ¡Qué diablo! ¡Matar a un padre!... Cosa grave es; pero no faltan de ello ejemplos, a comenzar por el Cid. Lo peor es que no teneis vos quinientos hombres vestidos de blanco, y primos vuestros todos, para defenderos de los arqueos de Salamanca y de los parientes del difunto. Pero vamos al grano...

Dió con esto dos ó tres vueltas por el cuarto como para reunir sus ideas, y repuso:

—Pecaria de locura el permanecer en Salamanca despues de un acontecimiento tan ruidoso. Don Alonso de Ojeda no es un hidalgoete que digamos, y ademas sus criados os habrán conocido. Supongamos que no; pues aún así, es tal vuestra reputacion en la Universidad, que todos os imputarán cualquier atentado anónimo. Creedme; es preciso partir, y cuanto mas pronto mejor. En Salamanca habeis adquirido triple saber del que conviene a un noble. Dad al traste con Minerva, y tantead un poco a Marte; lo que, vistas vuestras disposiciones, os cuadrará perfectamente. Flandes nos brinda con sus batallas; vamos, pues, a matar herejes, con lo que conseguiremos redimir nuestros pecadillos. Amen Concluyo como un predicador.

El nombre de Flandes obró a manera de talisman en el espíritu de nuestro héreo quien se figuraba que dejar a España equivalia a huir de sí mismo. ¡Cómo sentir remordimien-

tos en medio de las fatigas y los peligros de la guerra!

—¡A Flandes! ¡A Flandes! exclamó: ¡Vamos a que nos matan en Flandes!

—De Salamanca a Bruselas, repuso gravemente don García, hay mucha distancia, y os interesa partir sin demora, porque si el corregidor os atrapase, difícilmente saldríais a campaña a no ser en las galeras de S. M.

Después de bien concertado el plan entre ambos, despojóse don Juan de sus estudiantiles arreos, y se vistió la chupa de cuero bordado que usaban entonces los militares; calóse en seguida el sombrero chambergo, y no se olvidó de guarnecer su cintura con tantos doblones como pudo echarle encima don García.

Estos preparativos duraron unos minutos; é inmediatamente se puso en camino a pié, salió de Salamanca sin que le conociesen, y anduvo toda la noche y la siguiente mañana hasta que el calor del sol le obligó a detenerse.

En la primera ciudad por donde pasó compró un caballo, y reunido a una caravana de viajeros llegó a Zaragoza sin tropiezo de ninguna especie. Allí permaneció algunos días bajo el nombre de don Juan Carrasco.

Don García dejó a Salamanca el día después de la marcha de su amigo y tomando diferente sendero, se le reunió en Zaragoza.

No se detuvieron en este punto sino el tiempo suficiente para ofrecer sus devociones à NUESTRA SEÑORA DEL PILAR y guiñar el ojo a las hermosuras aragonesas, encaminándose en seguida a Barcelona, cada uno provisto de un criado, y embarcándose desde allí en direccion a Civita-Vecchia.

La fatiga, el mareo, la novedad de los lugares y la ligereza natural de don Juan borraron pronto de su imaginacion las horribles escenas que dejaba en pos de si.

Durante algunos meses nuestros amigos desatendieron el primordial objeto de su viaje a causa de los placeres que la Italia los brindaba; pero como empezasen a menguar sus fondos, se unieron a unos cuantos compatriotas, valientes a par de ellos de corazon y como ellos cobardes de bolsillo, y tomaron juntos la vuelta de Alemania.

Una vez en Bruselas, alistóse cada uno en la compañía del capitan mas de su agrado. Don Jnan y don García prefirieron hacer su primera campaña al mando del capitan don Manuel Gomara, ya por su cualidad de andaluz, y ya por que se contentaba con exigir de sus soldados valor y buenas armas, sin curarse demasiado de lo relativo a disciplina.

Pareció bien la apostura de los ex estudiantes al don Manuel, y por lo mismo les dió un trato perfectamente de acuerdo con sus

gustos, esto es, los empleó en todos los peligros.

Favorecióles la fortuna sacándolos sin una herida de una acción en que muchos de sus camaradas perecieron, con lo que se atrajeron la atención de los generales y alcanzaron en el acto el grado de subtenientes.

Fiados entónces en la amistad y estimación de sus jefes, revelaron sus verdaderos nombres, y emprendieron de nuevo su ordinario método de vida, pasando los días en jugar y beber, y las noches en dar serenatas a las mas lindas muchachas de las ciudades donde estaban de guarnición durante el invierno.

Recibieron el perdón de sus padres, que les hizo poca mella, y al propio tiempo letras de crédito sobre banqueros de Amberes, de las que usaron admirablemente.

Jóvenes, ricos, valientes y emprendedores, sus conquistas eran muchas y rápidas; las que no describiremos, bastando al lector saber que cuando atisvaban una mujer bonita, atropellaban por todo con tal de poseerla.

En sus labios promesas y juramentos venian a ser el pan de cada día; y supuesto encontrasen hermanos o maridos que les diesen en rostro con su indigno libertinaje, tenían para responderles espadas de buen temple y corazones encallecidos.

Con la primavera tornaron los combates;

y en una escaramuza fatal para los españoles, recibió el capitán Gomara una herida de muerte. Don Juan, viéndole caer, acudió en su ayuda y llamó algunos soldados que le trasportasen; pero el intrépido guerrero, reuniendo las fuerzas que le quedaban, le dijo:

—Dejadme morir en este sitio, pues mi última hora se acerca, y lo mismo importa que sea aquí ó a media legua de distancia. Cuidad a vuestros soldados, que harto van a tener en que ocuparse con ese nuevo refuerzo de holandases. Hijos míos; añadió dirigiendo sus palabras a los que le rodeaban; estrechaos en torno de vuestras banderas y no os inquieteis por mí

Don García, que llegó a la sazón, le preguntó si necesitaba disponer algo para después de su muerte.

—¿Qué diablo quereis que disponga en momentos como este? respondió el capitán, y meditando un instante, prosiguió: Nunca he pensado mucho en la muerte, tal vez porque no la creía tan cercana... Si fuese posible el traerme aquí algún sacerdote... Pero están con los bagajes, y... Duro es, don García, morir sin confesion.

—Hé aquí mi libro de rezo, dijo el de Navarro presentándole una botella de vino. Cobrad aliento

Los ojos del veterano se oscurecían cada vez mas, y aunque no advirtió en la chocar-

rería del ex-estudiante, los demas veteranos que le cercaban quedaron escandalizados.

—Don Juan, dijo el moribundo, acercaos, hijo mio. Os declaro mi heredero Tomad este bolsillo, donde hallareis todos mis tesoros, que es mejor os pertenezca a vos que a esos excomulgados... Sólo os pido que mandeis decir algunas misas por el reposo de mi alma.

Prometiòselo así don Juan, mientras que don García, en voz baja, le hacia parar la atencion en la diferencia de las opiniones de un hombre débil a la hora de la muerte comparadas con las que profesa ante una mesa llena de botellas.

Los silbidos de las balas les anunciaron la aproximacion de los holandeses, y los soldados corrieron a sus filas, despidiéndose del capitan Gomara y pensando meramente en ver de retirarse con órden, dificultad de monta tratándose de un enemigo numeroso, un sendero ahuecado por las lluvias y gente cansada de caminar. Sin embargo, no lograron los holandeses desordenarlos y cesaron de perseguirlos con la noche, no cogiéndoles ni una bandera, y sí algunos prisioneros, estos honrosamente heridos.

Sentados por la noche ambos amigos en una tienda con unos cuantos oficiales, hablàbase de la última escaramuza, culpando las disposiciones del que mandaba el destacamento, y enmendàndole la plana cuando ya

la cosa era irremediable. Hablóse luégo de los muertos y heridos.

—Por lo que toca al capitán Gomara, dijo don Juan, le echaré de menos durante mucho tiempo: era un valiente oficial, buen camarada y verdadero padre de sus soldados.

—Seguro; dijo a esto don García; pero os confieso que me sorprendió de sumo el verle tan apurado porque le trajesen a uno de esos de sotana; lo que prueba que va algo del dicho al hecho en puntos de valentía. Sujeto hay que se burla de un peligro lejano, y padece a sentir e luego cerca de sí. A propósito, ya que os dejò por heredero ¿no nos direis a cuanto asciende vuestra herencia?

Abrió entónces don Juan el bolsillo por primera vez, y se encontró con sesenta escudos de oro, poco mas ó menos

—Puesto que contamos con capital, dijo don García, acostumbrado a mirar el bolsillo de su amigo como suyo, ¿no vale mas jugar una partida de faraon que perder de este modo el tiempo pensando en los amigos de la otra banda?

La proposición agradó a todos. Trajéronse algunos tambores, y cubriéndolos con una capa, sirvieron de mesa de juego. Don Juan, aconsejado por don García, jugó primero antes de apuntar, sacó del bolsillo diez escudos que envolvió en un pañuelo.

—¿Qué diablos pretendéis con eso? excl-

mó don García. ¡Ahí es nada con el soldado que en vísperas de una batalla la echa de especulador!

—Cónstaos, don García que este dinero no es todo mio, pues el legado de don Manuel ha sido conferido *sub penæ nomine* como decíamos en Salamanca.

—¡Chispas con el tontuelo! exclamó don García. L'éveme el diablo si no se siente con intenciones de entregar esos diez escudos al primer cura que nos salga al paso.

—¿Y por qué nó? Así lo he prometido.

—¡Por las barbas de Mahoma, callaos! Vergüenza me dais; no os conozco.

Comenzó el juego, y aunque la suerte estuvo vária en un principio, se declaró por último decididamente contra don Juan. En vano para ver desenojarla ocupó don García el puesto, pues continuaba adversa la caprichosa deidad, al cabo de una hora cuánto dinero poseian y además los cincuenta escudos del capitán Gomara, habian pasado a manos del banquero. Quería don Juan irse a acostar; pero don García, acalorado con la pérdida, formó empeño en desquitarse.

—Vamos; don Prudente, sacad a lucir esos escudos que habeis guardado tan bien. Seguro estoy de que labrarán nuestra fortuna.

—¡Acordaos de mi promesa, don García!...

—¡Pareceis un chiquillo, amigo mio! Bue-

nos estamos ahora para Misas.. Si Gomara se hallase aquí, preferiría robar en sagrado a dejar pasar una carta sin probar la suerte.

—Tomad cinco escudos, dijo don Juan, y no los arriesgueis de un golpe.

Nada de flaqueza, respondió don García apuntando a un rey los cinco escudos.

Ganó, jugó un pároli y lo perdió.

—Los otros cinco, gritó, pálido de cólera.

Don Juan presentó algunas dificultades, fádilmente superadas, pues cuatro de los escudos restantes siguieron luègo el destino de los demas. Con esto levantóse don García furioso, arrojando la baraja a las narices del banquero.

—Marana, dijo a su amigo, siempre habeis sido afortunado, y suele a veces favorecer a fortuna aventurando el postrer escudo.

Don Juan, que no estaba ménos enfurecido que él, se olvidó de misas y juramentos, y apuntó a un as el escudo restante, que perdió en seguida.

—¡Carguen los diablos con el alma del capitan Gomara! grito. ¡Era un dinero ma'eficiado!...

Preguntóles el banquero si querian continuar; poro desplumados como se hallaban y no siendo prudente jugar al crédito con gentes pendencieras y desalmadas, preciso fuè dejar los naipes y acudir a las botellas. Nadie volvió a acordarse del alma del pobre capitan.

Los españoles, con los auxilios que recibieron, tomaron de nuevo la ofensiva, atravesando por los sitios en que habia tenido lugar la refriega.

Don García y don Juan espoleaban sus caballos para libertarse de semejante espectáculo, horrible y nauseabundo, cuando el grito de un soldado delantero los obligó a acercarse, y conocieron en un foso al capitán Gomara, casi del todo desfigurado.

En sus facciones, trastornadas y contraindas, se adivinaban los atroces dolores de sus últimos momentos, y no obstante estar familiarizado con tales escenas, estremeciéndose don Juan, pareciéndole que los ojos del cadáver, empañados y llenos de sangre cuajada, se fijaban sobre él amenazadores.

Recordó entónces las recomendaciones del veterano y su infidelidad en cumplirlas; pero ayudado de la tenaz, aunque ficticia dureza de su corazón, pronto desechó aquellos saludables remordimientos, contentándose con dar sepultura inmediatamente al capitán.

Un capuchino que se encontraba por acaso allí recitó de prisa algunas oraciones, con lo que y unas cuantas gotas de agua bendita y la correspondiente cobertera de piedras, prosiguieron los soldados su camino más cabizbajos que de costumbre.

Un viejo arcabucero, después de registrar largo tiempo sus bolsillos, halló un escudo y

lo entregó al capuchino, diciéndole:—Tomad para misas por el alma del capitán Gomara. no se le escapó a don Juan este hecho.

Aquel día nuestro héroe dió pruebas de extraordinaria valentía, exponiéndose al fuego enemigo con tanta imprudencia como si aspirase a morir.

—Para ser valiente, decían sus camaradas no hay como no tener blanca.

Poco después de la muerte del capitán Gomara se admitió en clase de recluta a un joven en la compañía donde servían ambos amigos. Mostraba decisión é intrepidez; pero su carácter adolecía de misterioso y taciturno. No se le veía comer ni beber con sus compañeros, y pasaba las horas enteras sentado en un banco del cuerpo de guardia, divirtiéndose en ver volar las moscas ó en ejercitar el fiador de su arcabuz.

Los soldados, mofándose de su reserva le apellidaban el *Modesto*; y con este apodo se le conocía en la compañía, no llamándole de otra suerte sus jefes mismos.

Terminó la campaña con el sitio de Bergop-Zoom, uno de los mas sangrientos de aquella guerra por la encarnizada defensa de los habitantes.

Hallábanse una noche ambos amigos de servicio en la trinchera, puesto peligrosísimo atendida su aproximación a la plaza. Repe-

tíanse las salidas de los sitiados, y su fuego era vivo y dirigido con acierto.

La primera parte de la noche pasó en continuas alertas; y en seguida, tanto sitiados como sitiadores, parecieron rendirse a la fatiga, cesando en sus tiros y esparciéndose un silencio profundo en toda la llanura, interrumpido meramente por una que otra descarga, sin mas objeto que el de hacer notar la mútua vigilancia, no obstante aquel instantáneo reposo.

Eran las cuatro de la mañana, momento en que el hombre que ha velado experimenta cierta sensacion de frio, desapacible y acompañada de una opresion moral que el cansancio físico y la falta de sueño ocasionan.

A tal hora y con tales disposiciones de espíritu y de cuerpo, no hay nadie que deje de sentirse acometido de alguna debilidad, aunque tenga que avergonzarse de sí mismo al clarear el día.

—¡Vive Dios! exclamó don García sacudiendo los piés para entrar en calor y arrebuzándose en su capa, que el frio me penetra hasta los huesos; un chicuelo holandés seria capaz de vencerme con un cántaro de cerveza por toda arma. Ni siquiera me reconozco, visto que ese arcabuzazo acaba de hacerme estremecer; y a ser yo devoto me figuraria que el estado en que me encuentro es un aviso del cielo.

No poco sorprendidos quedaron los circunstantes oyéndole hablar así, como que era la primera vez que lo verificaba sin mofarse. No sabia don Juan qué pensar; y reparando el de Navarra en las sonrisas con que eran acogidas sus razones, escitado por un sentimiento de vanidad, exclamó:

—Nadie vaya a creer que temo yo a los holandeses, ni a Dios ni al diablo, porque entonces ajustaríamos cuentas.

—En cuanto a los holandeses, concedido; pero en cuanto a Dios y al otro, natural es temerlos. Estas palabras fueron pronunciadas por un viejo capitán de cano bigote, que llevaba un rosario al lado de su espada.

—¿Y qué mal pueden hacerme? preguntó don Garcia: un arcabuz protestante hiere en el blanco mejor que el trueno.

—¿Y vuestra alma? repuso el veterano, santiguándose al oír tal blasfemia.

—¡Mi alma!... ¿Estoy cierto acaso de su existencia? ¿Quién me lo asegura? Los clérigos. Pero sacan ellos tan pingües beneficio de esa invencion, que es de suponer sean sus tutores, como los pasteleros de los pasteles.

—Don Garcia, acabareis mal, dijo el anciano; no son esas conversaciones para una trinchera.

—Aquí, como en cualquiera otra parte, hablo lo que pienso. Cállome, empero, pues paréceme que a mi camarada don Juan se le

va a caer el sombrero de la cabeza con tanto erizársele los caballos. No sólo cree él en su alma, sino hasta en las almas del Purgatorio.

— Confieso, dijo don Juan riéndose, que no tengo yo esa sublime indiferencia que sentís vos hácia las cosas del otro mundo; y aunque os burleis de mí, añadiré que hay momentos en que los cuentos de condenados me hunden en desagradables meditaciones.

— La mejor prueba de lo poco que puede el diablo, es veros hoy de pié en esta trinchera; porque, señores, añadió don García tocando la espalda de don Juan, si existiese un diablo, ya hubiera cargado con este chico. A pesar de sus tiernos años es un excomulgado si los hay, seductor de mujeres y enterrador de hombres; capaz de ponerles la cartilla en la mano a dos frailes franciscos y a dos guapos de Valencia.

Un arcabuzazo, procedente del lado de la trinchera que daba al campamento español, vino a interrumpirle. Don García llevó la mano a su pecho exclamando: «*¡Estoy herido!*» y después de vacilar un momento, cayó.

Al mismo tiempo se divisó a un hombre que huía a favor de la oscuridad, en la que le perdieron bien pronto de vista sus perseguidores.

La herida pareció mortal, pues el tiro había sido asestado de muy cerca y con muchas

balas; sin embargo, la firmeza de aquel endurcido libertino no se desmintió ni un instante. Mandó en hora mala a los que le hablaron de confesarse, y dijo a don Juan:

—Un solo pesar me acompaña a la tierra, y es el de que logren los capuchinos persuadir de que en mi muerte tiene Dios algo que ver. ¿Hay cosa mas natural que morir de un arcabuzazo un soldado? Dicen que el tiro ha salido de nuestras filas, y entónces lo atribuyo a algun receloso iracundo que habrá pagado para que me asesinen. Hacedle ahorcar de bien alto y sin intermision, si le atrapaís. Don Juan, escuchadme: tengo dos queridas en Amberes, tres en Bruselas, y otras en... ¡Diablo con mi memoria!... Os las lego... por no poseer nada que mas valga... Tomad tambien mi espada... y no olvideis sobre todo la estocada que os enseñé .. Adios... en lugar de misas, quiero que mis camaradas solemnicen mi entierro con una gloriosa orgía.

Poco mas ó ménos, tales fueron sus últimas razones, cuidándose de Dios y de la vida venidera lo que en medio de su salud y robustez. Espiró con la sonrisa en los labios, comunicándole la vanidad suficiente fuerza para sostener hasta el cabo su detestable papel.

No se vo vio a ver a Modesto; y de ahí que todo el ejército le considerase como el asesino de don García, aunque nadie acertara con

el motivo de semejante atentado.

Don Juan sintió al de Navarro mas que si hubiese sido su hermano, pues decia insensato! que le era deudor de todo, que él le habia iniciado en los misterios de la vida y rasgado la venda que cubria sus ojos. Antes de conocerle no era nadie, y ahora se le figuraba hallarse muy por encima de los demas hombres, cambiando de esta manera en bien cuanto mal le acarrearla la amistad de aquel ateo, por quien sentia un agradecimiento igual al de un discípulo respecto de su maestro.

Con las tristes impresiones de esta repentina muerte mudó de género de vida durante algun tiempo; pero poco a poco recobró sus antiguas costumbres, demasiado arraigadas ya para ceder a un solo accidente. Comenzó de nuevo a jugar, a beber, a cortejar a las esposas y a reñir con los esposos. Sus aventuras se reproducian diariamente: ora subia a una brecha, ora escalaba un balcon, por la mañana a las manos con un marido, por las noches bebiendo con mujeres prostituidas.

En medio de estos desórdenes supo la muerte de su madre, que no habia sobrevivido a aquel sino unos cuantos dias

Sus compañeros, de acuerdo en esto con su propio gusto, le aconsejaron que volviera a España y tomase posesion del mayorazgo y de los cuantiosos bienes que por otros conceptos acababa de heredar.

Perdonada, hacia tiempo, la muerte de don Alonso de Ojeda, padre de doña Faustina, consideraba enteramente terminado este asunto; y como además le parecia conveniente figurar en mayor teatro, y pensaba en las delicias de Sevilla y en las muchas hermosuras que esperaban sin duda a que él llegase para rendirse a discrecion, despojóse de la coraza y salió para España.

Hizo una pequeña parada en Madrid, donde se lució en una corrida de toros por la riqueza de su vestido y su destreza en picar, no faltándole una que otra conquista amorosa.

En Sevilla deslumbró a todos con su fausto y magnificencia, y a sus fiestas diarias concurrían las mas hermosas damas andaluzas. Los placeres, las orgías se sucedían en su palacio, y habia llegado a ser el rey de una multitud de libertinos que, si indisciplinados para con los demas, le obedecían a él con esa docilidad no rara en las asociaciones de los malos.

Todos los desórdenes le eran habituales; y como los vicios de los ricos trascienden de ahí la perversión que su ejemplo producía en los jóvenes de Sevilla, quienes le comaban de elogios y le escogían por modelo.

A sufrir mas tiempo la Providencia su libertinaje, hubiérase necesitado una lluvia de fuego para castigo de aquella ciudad. Cayó don Juan enfermo; pero ni por esas se arre-

pintió un instante, pues sólo deseaba restablecerse para sumergirse en nuevos escesos.

Durante la convalecencia se divirtió en formar una lista de las mujeres que habia seducido y de los maridos engañados. Su clasificación no podia ser mas metódica; a un lado los nombres de aquellas con sus señas; al otro los de estos y sus respectivas profesiones.

Costóle trabajo acordarse de todos los nombres de sus víctimas, por lo que es de creer no estaba completo el número.

Enseñó un dia este catálogo a uno de sus amigos. Principiaba por el nombre de una cuyos favores habia obtenido en Italia, y se vanagloriaba de haber sido la querida del Padre Santo, por cuya razon el Papa figuraba en la lista de los maridos. Después venia un príncipe reinante, y tras de él duques, marqueses, hasta artasanos, por su orden.

—Nadie se ha escapado de mis uñas, querido, dijo a su amigo; desde el Papa al zapatero, todos me han satisfecho su correspondiente cuota.

Examinó don Toribio (así se llamaba el tal amigo) el catálogo, y devolvióselo, exclamando con aire de triunfo:

—¡No está completo!

—¡Cómo qué nó! ¿Quièn falta pues, en la lista de los maridos?

—Dios, respondió don Toribio.

— ¡Dios!... cierto, no hay ninguna monja.
¡Por vida de!... Gracias por la advertencia. Te juro a fé de caballero, que ántes de un mes estará Dios colocado en mi lista por encima del Papa, y que tendrás el gusto de cenar aquí con una monja. ¿En qué convento de Sevi la las hay lindas?

Pasados unos dias, ya don Juan frecuentaba las iglesias de los conventos, arrodillándose muy cerca de las verjas que separan a las esposas del Señor del resto de los fieles, desde donde lanzaba sus miradas imprudentes a aquellas tímidas vírgenes, como busca un lobo dentro del redil a la mejor oveja para devorarla primero.

Pronto llamó su atención, en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario, una jóven y hermosísima religiosa, cuyos encantos realzaba el viso de melancolía que se extendía por sus facciones. No levantaba los ojos del suelo; diríase que estaba ocupada enteramente por el divino misterio que a la sazón se celebraba. Notábase apenas el movimiento de sus labios, y se conocía que oraba con mas fervor que sus compañeras. Su aspecto trastornó la mente de don Juan a antiguas memorias, pareciéndole que habia visto aquella mujer en alguna parte; pero sin serle posible acordarse dónde ni en qué tiempo, ¡tantas eran la fisonomías grabadas en su imaginacion!

Dos dias consecutivos volvió a la iglesia,

se colocó en el mismo paraje é hizo por que la hermana Agata (asi se llamaba la tal monja) levantase los ojos; pero inúltimente.

Estas dificultades irritaron los deseos de don Juan. Lo mas importante en su sentir y a la mas difícil, era que le viese; pues persuadíale su insolente vanidad de que logra lo esto, la victoria estaba ya medio ganada. Hè aquí las trazas que se dió para conseguir su objeto.

Colocóse lo mas próximo a ella posible, y en el momento de alzar, cuando todos se habian arrodillado, pasó la mano por entre los barrotes de la verja y vertió a los piés de la hermana Agata una redomilla de esencia que traia. La fuerza del olor obligó a la jòven a levantar la cabeza, y como don Juan se hallaba en frente, advirtió en él.

Al principio el asombro se dibujó en sus facciones; y poniéndose en seguida muy pàlida, exhaló un débil grito y cayó sin conocimiento. Sus compañeras acudieron y se la llevaron.

Don Juan satisfecho de sí mismo, se retiró diciendo: —La monja es lindísima; pero cuanto mas la veo, mas se me figura que ocupa ya un lugar en mi catálogo.

A la mañana siguiente se apostó, como siempre al lado de la verja; pero ya la hermana Agata no estaba delante, sino por el contrario, detrás de todas las monjas. Don Juan notó que le miraba con frecuencia a hurtadi-

llas, y de aquí dedujo favorables pronósticos para su pasión.

Me tiene miedo, pensó; veremos de domesticarla pronto.

Terminada la misa, vió que se dirigia a un confesionario, y que al pasar cerca de la verja habia dejado caer el rosario, como sin advertirlo. No era don Juan hombre capaz de equivocarse en la materia, y así conoció que le importaba apoderarse del rosario; para lo cual, atendida su posicion, convenia aguardar a que todos saliesen de la iglesia. Entre tanto respaldóse contra una columna, meditando y con una mano sobre los ojos si bien tenia los dedos entreabiertos para no dejar escapar ninguno de los movimientos de la hermana Agata. Los que le hubiesen visto en semejante postura habríanle tomado por un buen cristiano absorto en sus piadosas meditaciones.

Salió la monja del confesionario y dió algunos pasos para entrar en lo interior del convento; pero reparando, ó fingiendo reparar, en la falta de su rosario, miró en derredor y se encaminó a la verja con objeto de recogerlo. Bajóse, y en el momento mismo observó don Juan que una cosa cosa blanca se deslizaba hácia él. Era un papel doblado en cuatro. Con esto la religiosa se retiró.

Sorprendido el libertino de su fácil victoria, como que sintió no hallar mas obstácu-

los; pareciéndose al cazador que persigue a un ciervo y se promete una carrera larga y penosa pero cuyas esperanzas frustra la súbita caída del animal. Con todo, cogió apresuradamente el billete y salió de la iglesia para leerlo a sus anchas. Hé aquí su contenido.

«¿Sois vos, don Juan? ¿Con que es cierto que no me habeis olvidado? Harto desgraciada era; pero comenzaba ya a habituarme a mi suerte, cuando volveis vos, y con vos una desgracia mayor cien veces para mí... Debería aborreceros como matador de mi padre... sin embargo, ni aborreceros puedo ni olvidaros. Compadecedme y no volvais a esta iglesia, pues me haceis daño. Adios, adios; muerta para el mundo.—Teresa.»

—¿Con que la Teresita, eh? dijo don Juan. Ya yo recelaba haberla visto en alguna parte. Y prosiguió, volviendo a leer el billete: *Debería aborreceros...* Esto significa, os adore; *como matador de mi padre...* Otro tanto decia Gimena a Rodrigo... *No volvais á esta iglesia...* Traduzcamos, mañana os espero. ¡A las mil maravillas! Es mia. Dicho esto se fué a comer.

Al dia siguiente se dirigió puntualmente a la iglesia con una carta preparada en el bolsillo; pero quedóse muy sorprendido no viendo aparecer a la hermana Agata. Nunca habia encontrado tan larga una misa. Furioso maldiciendo cien veces los escrúpulos de

Teresa, fuese a pasear a orillas del Guadalquivir para idear algun medio de conseguir su objeto, y por último se fijò en el que va a continuacion.

El convento de Nuestra Señora del Rosario era celebrado entre todos los de Sevilla por sus excelentes dulces. Encaminóse, pues, don Juan al locutorio; preguntó por la hermana tornera, è hizo le pusiese de manifiesto la lista de todos los dulces que estaban de venta.

—¿Tendriais acaso limones a lo Marana? dijo con el aire mas natural del mundo.

—¡Limonos a lo Marana, caballero! Es la primera vez en mi vida que oigo mentar tales dulces.

—Y sin embargo, nada hay mas a la moda, por lo que me admira mucho que en una casa como la vuestra no les tengais en abundancia.

—¡Limonos a lo Marana! volvió a exclamar la tornera.

—A lo Marana, sin duda, insistió don Juan recalcando sobre cada sílaba. Imposible es que alguna de vuestras monjas no sepan como se hacen. Preguntádselo, os lo suplico, y mañana vendré por la respuesta.

Unos instantes despues no se hablaba en el convento sino de limones a lo Marana. Las mejores confiteras no habian nunca oido semejante nombre, y sólo la hermana Agata entendia en la materia.

Debia añadirse esencia de rosa, de violeta

etc. a los limones comunes, y después... Ella se hacia cargo de todo.

Encontró don Juan a su vuelta los limones pedidos, y si bien constituían una mezcla abominable bajo la covertera del plato tropezó con un billete de su antigua amante. Reducíase a nuevos ruegos de un eterno olvido; pero aunque la infeliz se esforzaba en engañarse a sí misma, traslucíase que entre los tres sentimientos, la religion, la piedad filial y el amor, que porfiaban por enseñorearse de su espíritu, este último sobrepujaba en fuerza a los dos primeros.

A la mañana siguiente envió don Juan uno de sus pajes al convento con una caja llena de limones para poner en dulce, los cuales recomendaba a la monja que habia preparado los anteriores. En el fondo de la caja iba oculta con sagacidad una respuesta a las cartas de Teresa.

Decíale: «He sido muy desgraciado: una ciega fatalidad condujo mi espada, y desde aquella terrible noche no he cesado de pensar en tí. Temia que me aborreciéseis; pero te he vuelto a hallar y es inútil me hables de los juramentos que has pronunciado, puesto que antes de sacrificarte al pié de los altares, ya me pertenecias. Tu corazon era mio, y te estaba por lo tanto vedado disponer de él..Vengo a reclamar un bien que prefiero a la vida y moriré me serás devuelta. Mañana pregun-

taré]por tí en el locutorio. No he querido verificarlo antes de prevenirte, temiendo nos vendiese tu turbacion. ¡Valor! Dime si la tornera puede ser ganada.»

Dos gotas de agua astutamente derramadas en el papel, figuraban lágrimas.

Una hora después le trajo el jardinero del convento la respuesta, ofreciéndole además sus servicios. La tornera era incorruptible, y aunque la hermana Agata consentía en bajar al locutorio, no sería sino para darle y recibir un eterno adios.

La desdichada Teresa se presentó en el locutorio mas muerta que viva, siéndole preciso asirse con las dos manos a la verja para no caer. Don Juan, sereno é impassible, saboreaba con delicia aquella turbacion.

Al principio, para que no recelase la tornera habló de los amigos que Teresa había dejado en Salamanca y de cuyos cumplimientos era portador, y en seguida, aprovechando un momento en que quedaron solos, dijo en voz baja y apresuradamente a su amante.

—Estoy resuelto a intentarlo todo para sacarte de aquí, y hasta quemaré el convento si es preciso. No escucho nada; me perteneces, y dentro de unos dias seràs mia ò pereceré, aunque no sin que muchos otros perezcan conmigo.

Acercóse la tornera. Teresa se ahogaba, sin serle dable articular una palabra, mien-

tras que don Juan hablaba indiferentemente de los dulces, de las labores de aguja que ocupaban a las monjas, y prometía a la tornera enviarle rosarios bendecidos en Roma y regalar al convento un traje de brocado para vestir a la Santa Patrona el día de su fiesta.

Después de media hora de conversacion, saludó a Teresa con un aire grave y respetuoso, dejándola en un estado imposible de describir.

Corrió la jóven a su celda, y encerrada allí escribió sin saber lo que se hacía, una larga carta llena de reprensiones, de quejas y de súplicas. No pudo, empero, dejar de confesar su amor, falta de la cual se disculpaba con el pensamiento de que es su expiacion consistia en resistirse a los deseos de su amante.

El jardinero, encargado de esta criminal correspondencia, la trajo en breve una contestacion. Don Juan no cejaba; tenia cien valientes a su servicio y no se paraba en sacrilegios. Moria gustoso con tal de estrecharle otra vez en sus brazos.

¿Qué había de hacer aquella infeliz acostumbrada a ceder a un hombre que poseía su corazón? De noche se entretenía en llorar, y de día la imágen de don Juan interrumpía sus oraciones. Si asistía con las demás hermanas a los ejercicios piadosos, exteriormente

te parecia rezar, miéntras que interiormente se abrasaba.

Dentro de unos dias se agotaron sus fuerzas, y anunció a don Juan que estaba dispuesta a todo. De cualquier modo se sentia perdida, y así reflexionó que, muerte por muerte, valia mas morir tras un instante de felicidad.

Don Juan, en el colmo de la alegría, hizo los preparativos de la fuga, eligiendo al intento una de las mas oscuras noches.

El jardinero llevó a Teresa una escala de seda que debia servirle para salvar los muros del convento, y en cierto punto del jardin estaba oculto un vestido seglar, pues pecaria de locura el salir a la calle con los hábitos de monja.

Don Juan la esperaria al piè del muro, y a poca distancia una litera, tirada por vigorosas mulas, la con luciría rápidamente a una casa de campo, donde viviria dichosa y tranquila con su amante, libre de persecuciones.

Tal era el plan trazado por el de Marana.

Mandó hacer vestidos a propósito, probò la escala de seda, escribió una instruccion sobre la manera de atarla; nada omitió, en fin, de lo que pudiera asegurar el éxito de su atentado. No habia miedo de que faltase el jardinero, pues le tenia sobrada cuenta callar, y a mayor abundamiento debia ser asesinado la

noche misma del rapto. No era posible urdir mejor la trama.

Para evitar sospechas partió don Juan a su castillo de Marana dos días antes del fijado. Allí se habia deslizado la principal parte de su infancia; pero después de su vuelta a Sevilla, no habia tocado los umbrales.

Era de noche cuando llegó, y lo primero que pidió fué una buena cena, metiéndose en seguida en la cama.

Alumbraban la estancia dos grandes velas de cera, y tenia sobre la mesa un libro de cuentos libertinos del cual leyó algunas páginas; mas como le acometiese el sueño, lo cerró y apagó una de sus velas.

Antes de ejecutar lo propio con la segunda, paseò distraidamente sus miradas por todo el aposento, y de improviso las fijó en el cuadro que representaba las penas del purgatorio, y que tanto habia contemplado cuando niño.

Involuntariamente sus ojos se dirigieron al hombre cuyas entrañas devoraba una serpiente, y aunque el espectáculo no le inspiraba igual horror que en otro tiempo, no podia sin embargo prescindir.

Acordóse entonces del capitán Gomara y de las violentas contorsiones que la muerte imprimiera en su rostro; idea que le hizo estremecer, erizándosele los cabellos. Empero, como era valiente, apagó la última luz, si

bien fué con la esperanza de que la oscuridad le libertase de tan espantosas imagenes.

Sucedió al revès, pues sus ojos se dirigian siempre hácia el mismo cuadro, que no distinguia, y que con toda la costumbre pintaba en su imaginacion tan claramente cual si los rayos del sol lo iluminasen.

A ratos creia ver inflamadas, las figuras, como si el fuego del purgatorio, imitado por el artista; se convirtiese en llamas verdaderas; y su agitacion creció a tal punto, que llamó con desaforadas voces a sus criados para que quitasen de allí aquella horrible pintura.

Avergonzóse no obstante, pensando en su debilidad luégo que éstos acudieron a sus gritos, y temiendo que se mofasen de él si llegaban a saber la causa, les dijo lo mas naturalmente que pudo, que encendiesen las velas y le dejaran solo.

Púsose de nuevo a leer; pero meramente con la vista, pues su entendimiento estaba siempre en el cuadro y así pasó, no logrando plegar los ojos, aquella espantosa noche.

Levantóse al amanecer apresuradamente, y salió a cazar. El ejercicio y el aire fresco de la mañana le fueron calmando, hasta desaparecer todas las impresiones escitadas por la fatal pintura.

Entró sereno en el castillo, se puso a la mesa y bebió en abundancia.

Acostóse algo aturdido en un lecho que ha

bia mandado preparar en otra estancia; pero el recuerdo que conservaba del cuadro bastó para tenerle despierto una gran parte de la noche.

Inútil es decir que estos terrores no le inspiraron el arreoentimiento de su pasada vida. Con las mientes de continuo en el rapto de Teresa, comunicó sus ordenes a los criados, y marchó solo a Sevilla, en medio del mayor calor, pues queria llegar por la noche.

En efecto: la oscuridad era completa al pasar junto a la torre del Oro, donde le aguardaba uno de sus sirvientes, a quien entregó el caballo, informándose si estaban prontas la litera y las mulas.

Segun sus prescripciones, estas debian esperarle en una calle bastante cerca del convento para que Teresa pudiese alcanzarlas presto y a pié; pero no tanto que escitasen las sospechas de la ronda, dado que tropezase con ella.

Sus instrucciones se habian ejecutado a la letra.

Le quedaba una hora ántes de hacer a su amante la señal convenida.

Echóle su criado una gran capa de color oscuro sobre los hombros, y entró solo en Sevilla por la puerta de Triana, tapándose el rostro para que no le conociesen.

El calor y la fatiga le obligaron a sentarse en un banco de una calle desierta, y allí se

entretuvo silbando y tarareando los aires que se le vinieron a la memoria.

De tiempo en tiempo consultaba su reloj, y se disgustaba de que la manecilla no anduviese como su impaciencia lo exigia.

De repente hirió sus oídos una lúgubre y solemne música, que desde luégo conoció era un *De profundis*.

Acercàbase hácia él la comitiva. . Dos largas filas de penitentes con cirios encendidos proeedian a un fèretro, cubierto de terciopelo negro y cargado por muchas figuras vestidas a la antigua, con barba blanca y espada al costado. Cerraban la marcha otras dos filas de penitentes enlutados y con cirios como los primeros.

El acompañamiento se adelantaba grave y pausadamente. Ni el menor ruido de pasos se oia, y mas bien parecian aquellas figuras resbalar que caminar, asemejándose los luen-gos y estirados pliegues de sus talares ropas y sus capas a los de una estátua de mármol.

En un principio don Juan experimentó ese cierto disgusto que la idea de la muerte inspira al libertino. Levantóse y quiso alejarse, pero el número de los penitentes y la pompa del acompañamiento le sorprendieron, picando su curiosidad.

Dirigíase la procesion hácia una iglesia vecina, cuyas puertas acaban de abrirse estrepitosamente, y don Juan tiró de la manga

a uno de los que llevaban cirios preguntando-le con política quién era la persona que iban a enterrar.

Alzó el penitente la cabeza mostrando una cara pálida y descarnada, semejante a la de un hombre salido de una larga y dolorosa enfermedad, y con voz sepulcral le respondió:

—Es el conde don Juan de Marana.

Con esta extraña contestacion se erizaron los cabellos de nuestro héroe; pero recobrándose al momento, comenzó a sonreírse.

—Habré entendido mal, reflexionó, ó sería un *lapsus lingue* de ese viejo.

Entró en la iglesia al propio tiempo que la procesion. Los cantos fúnebres volvieron a principiar, acompañados del órgano, y algunos sacerdotes enlutados entonaron el *De profundis*.

A pesar de sus esfuerzos sentia don Juan coagulársele la sangre. Acercóse a otro penitente:

—¿A quién llevan a enterrar? le preguntó.

—Al conde don Juan de Marana, respondió el penitente con una huaca y espantosa voz.

Para no dar consigo en tierra, le fué preciso a don Juan apoyarse en una columna. Todo su valor le habia abandonado.

Y entre tanto el servicio fúnebre continuaba, y las bóvedas de la iglesia engrosaban

aún mas el estruendo del órgano y las voces que seguían cantando el terrible *Dies iræ*.

Parecíale oír los coros de los ángeles el día del juicio final.

Por fin, haciendo un grande esfuerzo, cogió la mano de un sacerdote que pasaba rozándose con él, y la encontró fria como el mármol.

— ¡En nombre del cielo! exclamó, padre mio; ¿por quién rogais en este sitio? ¿Quiénes sois vosotros?

— Rogamos por el conde don Juan de Marena, le contestó el sacerdote mirándole atenta y dolorosamente. Rogamos por su alma, que está en pecado mortal, y somos almas a quienes las oraciones y misas de su madre han arrancado de los tormentos del purgatorio. Pagamos al hijo la deuda contraída con la madre, si bien es esta la última misa que nos está permitido decir por el alma del conde.

En aquel mismo instante el reloj de la iglesia dió la hora fijada para el rapto de Teresa.

— ¡Llegó el momento! grito una voz que salía del oscuro ángulo de la iglesia; ¡llegó el momento! ¿Nos pertenece ya?

Volvió don Juan la cabeza y una aparición horrible se presentó a sus ojos. Don Garcia, palido y ensagrentado, se adelantaba en compañía del capitán Gomara, cuyas facciones se veían aún agitadas por convulsiones tremendas.

Encaminàronse ambos al ataud, y don García, arrojando violentamente el paño mortuorio, repitió:

—¿Nós pertenece ya?

Una serpiente gigantesca se irguió entonces, por detrás de él, y asomando su elevadísima cabeza parecia querer abalanzarse al féretro.

—¡Jesús! exclamó don Juan, y cayó en el suelo desmayado.

Una ronda que pasaba por delante de una iglesia, ya muy entrada la noche, vió à un hombre tendido sin movimiento junto à la puerta. Acercàronse los arqueros creyendo era el cadaver de alguno à quien habian asesinado, y conocieron al conde de Marana.

Trataron entonces de reanimarle, salpicándole la cara con agua fresca; pero como nó volvía en sí, le trasportaron à su habitacion.

Unos decian que estaba èbrio, otros que habria recibido una paiza de algun marido celoso, y como nadie, à lo menos ninguna persona honrada, le quería en Sevilla, todos le asestaban sus tiros.

Quién bendecia el baston que así le habia puesto mal parado, quien preguntaba cuántas botellas cabrian en aquel inmóvil esqueleto.

Los criados de don Juan corrieron en bus-

ca de un cirujano, y en cuanto este le sangró, comenzó éste a recobrar sus sentidos.

De pronto se le oyeron meramente pala bras entrecortadas, gritos sordos, sollozos y lamentos; pero poco a poco fuè fijando la atencion en los objetos que le rodeaban, y preguntó què sitio era aquel, y qué se habian hecho el capitan Gomara, don García y la procesion

Sus gentes le creyeron loco.

Después de tomar un cordial mandó que le trajesen un crucifijo, y lo estuvo besando durante algun tiempo en medio de un torrente de lágrimas. En seguida dijo que le llamasen un confesor.

La sorpresa fuè general cuanto lo era su reputacion de impío; como que varios clérigos rehusaron acudir a su llamamiento, figurándose que les preparaba una burla.

Un fraile dominico consintió por' fin en ir a verle.

Dejáronlos solos; y don Juan, echándose a sus piès, le contó su vision y se confesó.

Al concluir el relato de cada uno de sus crímenes, se interrumpia para preguntar si era posible que tan gran pecador obtuviese el perdon de los cie os, y el religioso le contestaba que la clemencia de Dios no tenia límites.

Exhortòle a que perseverase en su arrepentimiento, prodigándole aquellos consuelos

que ni a los mayores criminales niega la religion, y se retiró ofreciéndole volver por la noche.

Don Juan pasó todo el dia orando, y cuando tornó su confesor le declaró que estaba resuelto a alejarse de un mundo que tanto habia escandalizado, para ir a expiar sus enormes crímenes con los ejercicios austeros de la penitencia.

El fraile, enternecido, le animó todo lo que pudo, y para probar si tendria suficiente valor, le pintó con espantoso colorido las austeridades del claustro; pero don Juan, a cada mortificacion, exclamaba que aquello no era nada y que él merecia un trato mucho mas riguroso.

A la mañana siguiente donò la mitad de su fortuna a sus parientes, pobres en extremo, y la otra mitad la dedicó para fundar un hospital y una capilla.

Distribuyó sumas considerables entre los necesitados, è hizo decir gran número de misas por las almas del purgatorio, especialmente por la del capitan Gomara y las de los desvenrurados que habia matado en sus desafios.

Reunió, en fin, a todos sus amigos, y se acusó ante ellos de los malos ejemplos que les habia dado, pintándoles de un modo patético los remordimientos de su conciencia y sus esperanzas de un porvenir mejor. Varios de

aque los libertinos se corrigieron, y otros, encallecidos ya, se despidieron de él lanzándole frios insultos.

Antes de entrar en el convento escogido para su retiro escribió don Juan a Teresa confesándole sus vergonzosos proyectos, refiriéndole su vida, su conversion, y pidiéndole que le perdonase y se oprovechase de su ejemplo si queria la salvacion de su alma.

Entregó esta carta al religioso mostrándole primero su contenido.

La pobre Teresa habia aguardado largo tiempo en los jardines del convento la convenida señal; y tras muchas horas de indecible agitacion, viendo despuntar el alba, volvió desgarrada, por el dolor mas vivo, a su celda.

No sabia qué pensar de la ausencia de su amante; y así pasaron dias y dias, sin la menor noticia, sin ningun mensaje que endulzase su desesperacion.

Por último, el religioso dominico, después de conferenciar con la superiora, obtuvo permiso para verla, y le entregó la carta de su seductor arrepentido.

Mientras leia, gruesas gotas de sudor resbalaban por su frente; y ora enrojecia como el fuego, ora se ponía pàlida como la muerte. Tuvo valor, empero para leer hasta el fin. Entónces el fraile trató de pintarle el arrepentimiento de don Juan, felicitándola por haber escapado del espantoso peligro que a ambos

aguardaba si la Providencia no hubiese intervenido y hecho abortar semejante proyecto.

A todas sus exhortaciones, Teresa contestaba meramente:

—Nunca me ha amado el ingrato.

Una ardorosa fiebre te apoderó de aquella infeliz, sin que los socorros del arte ni de la religion lograsen aliviarla, puesto que rechazó los primeros y la encontraron sorda los segundos, espirando dentro de algunos dias con esta frase entre sus labios:

—¡Nunca me ha amado el ingrato!

Don Juan tomó el hábito de novicio, y su sincera conversion se reveló en las mortificaciones que se impuso, pareciéndole todas demasiado suaves, como que tuvo el superior del convento que señalar un límite a las maceraciones con que atormentaba sus carnes.

Decíale que así acortaria sus dias, y que era mayor valor soportar durante largo tiempo penitencias moderadas, a cortarlas acabando de aquella suerte con su vida.

Concluido el noviciado, pronunció don Juan sus votos; y bajo el nombre del hermano Ambrosio siguió sirviendo de modelo a la comunidad con sus austeros ejercicios.

Sobre su ropa de paño burdo llevaba un cilicio de crines de caballo, y su cama la componía una especie de cajon angosto, ménos largo que su cuerpo. Comia sólo legumbres

cocidas, y los días de fiesta por expresa orden de su superior, añadía unos cuantos mendrugos de pan.

Pasaba las noches casi enteras velando y orando, con los brazos en cruz; y en fin, era ahora uno de aquellos devotos hermanos, cómo antes lo habio sido de los libertinos de su edad.

Una enfermedad epidèmica que se declaró en Sevilla le suministró ocasiones para ejercitar sus recientes virtudes. Eran recibidos los enfermos en el hospital que habia fundado, y èl mismo cuidaba a los pobres, sin apartarse de sus lechos, exhortándolos, animándolos, consolándolos. No se hallaba quien sepultase a los difuntos, tan grande era el terror que el contagio difundia, y don Juan desempeñó este misterio yendo a las casas abandonadas y enterrando los cadáveres ya corrompidos por el trascurso de muchos días.

Bendecianle donde quiera, y observando su perfecta salud en medio de tan horrible epidemia, la gente crédula se persuadió de que Dios habia obrado en su favor un nuevo milagro.

Muchos años hàcia que don Juan, ó el hermano Ambrosio, habitaba en el claustro, entregado sin interrupcion a ejercicios de piedad y a mortificaciones. No se borraba de su mente el recuerdo de su pasada vida, si bien se templaban sus remordimientos con la sa-

tisfaccion de conciencia que la enmienda producía en su espíritu.

Cierto día, después de las doce, hora en que el calor se dejaba sentir con mayor fuerza, todos los hermanos se habían entregado al breve reposo de costumbre. Sólo el hermano Ambrosio trabajaba en el jardín, con la cabeza desnuda y expuesta al sol, pues esta era una de sus penitencias.

Encorbado sobre su pala de hierro percibió la sombra de un hombre que se detenía junto a él; y creyendo que sería uno de los frailes, le saludó con un *Ave María*, y continuó su tarea.

Nadie le respondió, con lo que sorprendido alzó los ojos y vió de pie é inmóvil ante sí a un joven arrebozado en una capa que descendía casi hasta el suelo. Ocultaba a medias su rostro un sombrero a que hacía sombra una pluma blanca y negra.

Este hombre le contemplaba silencioso y con una expresión de maligna alegría y desprecio profundo.

Por algunos minutos se estuvieron mirando atentamente; hasta que, dando un paso el desconocido y levantándose el sombrero para mostrar sus facciones, dijo:

— ¿Me conocéis?

Observóle don Juan mas despacio, pero no pudo acertar quién era.

— ¿Os acordáis del sitio de Berg-op Zoom?

¿Habeis olvidado a un soldado que llamaban *Modesto*?...

Estremeciòse don Juan. El desconocido prosiguió friamente.

—¿Y qué mató de un arcabuzazo a vuestro digno amigo don García, no obstante que a quien apuntaba era a vos?.. Ese *Modesto* aquí le teneis. Me llamo tambien don Pedro de Ojeda, y soy el hijo de don Alfonso de Ojeda a quien habeis asesinado; el hermano de doña Faustina de Ojeda, a quien habeis asesinado; el hermano de doña Teresa de Ojeda, a quien habeis asesinado!

—Hermano, dijo don Juan arrodillándose ante él; soy un un miserable cargado de crímenes, y para expiarlos llevo este hàbito y he renunciado al mundo. Si existe algun medio de alcanzar vuestro perdou indicàdmelo, y la mas cruel penitencia no me arredrarà con tal de obtenerlo.

—A un lado la hipocresía, señor de Marana, repuso don Pedro sonriéndose amargamente; no os perdonaré jamás, y estoy demasiado impaciente para aguardar el efecto de las maldiciones que he lanzado sobre vos. Traigo aquí alguna cosa mas eficaz que simples maldiciones.

Y diciendo así, arrojó la capa y enseñó a don Juan dos largas espaldas que traia ocultas. Desenvainó as y clavólas en el suelo.

—Escojed, don Juan, exclamó. Cuentan

que sois terrible espadachin, y yo me precio de conocer la esgrima. Veamosa donde alcanza vuestra habilidad.

Persignòse el de Marana y dijo:

—Hermano, olvidais mis votos. Yo no soy ya aquel don Juan que conocísteis, sino el hermano Ambrosio.

—Está bien, hermano Ambrosio. Pues yo os repito que sois mi enemigo, y que sea el que fuere vuestro nombre, os aborrezco y quiero vengarme de vos.

Arrodillóse don Juan.

—Os ofrezco mi vida: castigadme.

—¡Cobarde! ¡Hipócrita! ¿Piensas que voy a creerte? ¿Y te figuras que si hubiera sido mi voluntad el matarte como a un perro rabioso, me tomaria el trabajo de traer conmigo estas armas? Ea, escoje y defiéndete.

—Os lo repito, no me es dable pelear, pero si morir.

—¡Miserable! gritó don Pedro enfurecido: ¡me dijeron que eras un valiente y te encuentro un gallina!

—¿Valiente hermano? Pliegue a Dios que lo sea en cuanto baste, para no abandonarme a la desesperacion en que me hundiria, sin su divino auxilio, el recuerdo de mis delitos. Adios, hermano; me voy, pues, conozco que mi aspecto os molesta, y ojala que mi arrepentimiento os parezca algun dia tan sincero como en realidad lo es.

Habia dado ya unos cuantos pasos para alejarse, pero don Juan le prendió de la manga diciéndole:

—Uno de los dos no debe salir vivo de aquí. Tomad cualquiera de esas espadas; pues lléveme el diablo si creo una palabra de vuestras lamentaciones.

Miróle don Juan suplicante, y dió otro paso para salir. Don Pedro le cogió por el cuello.

—¿Y te figuras librarte de mis manos, vil asesino? ¡Nó! Haré pedazos ese hábito hipócrita que oculta el pié hendido del diablo, y quizá entonces no te faltará corazon para combatir conmigo.

Empujábale mientras tanto contra el muro del jardín.

—Señor don Pedro de Ojeda, exclamó don Juan; matadme, pues no reñirè. Y se cruzó de brazos, mirando atentamente a don Pedro con aire sereno aunque bastante altivo.

—¡Sí, te matarè, miserable! pero antes te tratarè como se trata a los villanos.

Dijo, y dióle una bofetada, la primera que don Juan habia recibido en su vida. Su semblante se puso de color de pùrpura, y despertáronse en él los brios de la juventud. Lanzóse sin hablar palabra hacia las espadas, y cogió una. Don Pedro hizo lo propio con la otra. Atacáronse furiosos y con igual impetuosidad pero en tanto que el arma de don Pedro se



perdia entre los hábitos de lana de don Juan, la de éste se introdujo hasta la guarnicion en el pecho de su adversario. Don Pedro espiró inmediatamente.

Viendo el de Marana tendido a su enemigo, permaneció unos instantes contemplándole inmóvil; pero recobrándose poco a poco, conoció lo grande de su nuevo crimen.

Precipitóse sobre el cadáver, esforzándose en devolverle la existencia; aunque inútilmente, pues la herida era mortal.

A sus piés estaba la sangrienta espada, como invitándole a que se castigase a si mismo; pero rechazando esta nueva tentacion, corrió a la celda del superior y se prosternó fuera de sí ante él, contándole, en medio de un mar de lágrimas, la terrible escena.

El superior se resistia de pronto a creerle, figurándose que el hermano Ambrosio se habia vuelto loco con tantas mortificaciones pero la sangre que cubria los hábitos y las manos de don Juan le sacaron en breve de semejante duda.

Como persona dotada de gran presencia de espíritu, comprendió al punto el escándalo que resultaria para el convento si aquella aventura llegaba a divulgarse, y no habiendo visto nadie el duelo, trató de recatarlo hasta de los mismos frailes. Mandó a don Juan que le siguiese, y con su ayuda trasportó el cadáver a una sala baja, cuya llave guardó. En-

errando luego a nuestro héroe en su celda, salió para ir a prevenir al corregidor.

Tal vez parezca extraño que, habiendo don Pedro tratado de matar a traición al de Mañana, desechase la idea de un segundo asesinato, y desechase la idea de un segundo asesinato, y escogiese la de deshacerse de su enemigo por medio de un duelo; pero en esto le guiaba un cálculo de infernal venganza.

Las austeridades y santidad de don Juan estaban tan acreditadas, que don Pedro temía enviarle al cielo en derechura si le asesinaba como a don García y esperaba, por la inversa, que, provocándole y obligándole a reñir, le haría en pecado mortal, con lo que su cuerpo y su alma se perderían irremediablemente. Hase visto cómo este diabólico proyecto se volvió contra su mismo autor.

Fácilmente quedó el asunto oscurecido. Reglóse todo entre el superior del convento y el corregidor. Los demás frailes creyeron que el muerto había sucumbido en un duelo con un caballero incógnito, y que trasportado al convento había espirado dentro a los pocos instantes.

Por lo que atañe a don Juan, no nos esremos en pintar sus remordimientos, cuando con decir que cumplió alegremente las penitencias le impuso el superior. Servó todo su vida colgada del lecho la herida con que había herido a don Pedro, no

mirándola nunca sin rogar por su alma y la de su familia.

Para acabar con el resto de mundano orgullo que ocupaba aún su corazón le ordenó el abad que se presentase todas las mañanas al cocinero del convento, quien le daría una bofetada. Recibida esta ofrecía el hermano Ambrosio la otra mejilla, dando gracias al cocinero por la humillación que le proporcionaba.

Vivió diez años más en aquel claustro, sin que su penitencia fuese nunca interrumpida por el mínimo retroceso hacia las pasiones de su juventud, y murió venerándole como un santo aún los mismos testigos de sus anteriores desórdenes. Pidió en su lecho de muerte que se le enterrara bajo el quicio de la puerta a fin de que todos los que entrasen le hollaran con sus pies, y prescribió también que se esculpiese sobre la losa de su sepulcro esta inscripción:

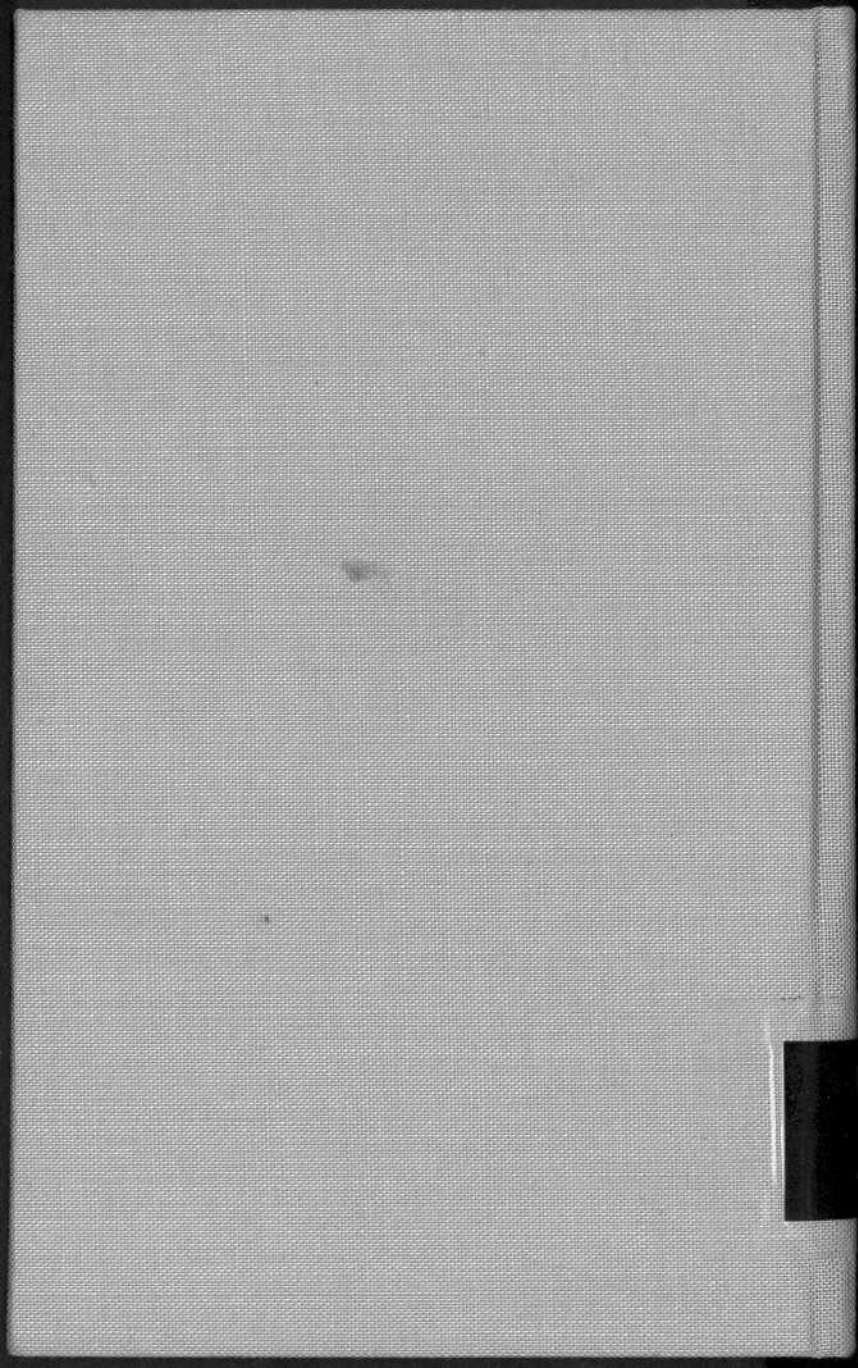
AQUÍ YACE EL PEOR HOMBRE QUE HUBO EN
MUNDO.

Sin embargo, no se juzgó prudente ejecutar todas las disposiciones dictadas por excesiva humildad, y se le enterró cerca de la mayor de la capilla que había fundado.

La inscripción se grabó en efecto, y añadióse un relato laudatorio de su conve-







FAN
XIX
87